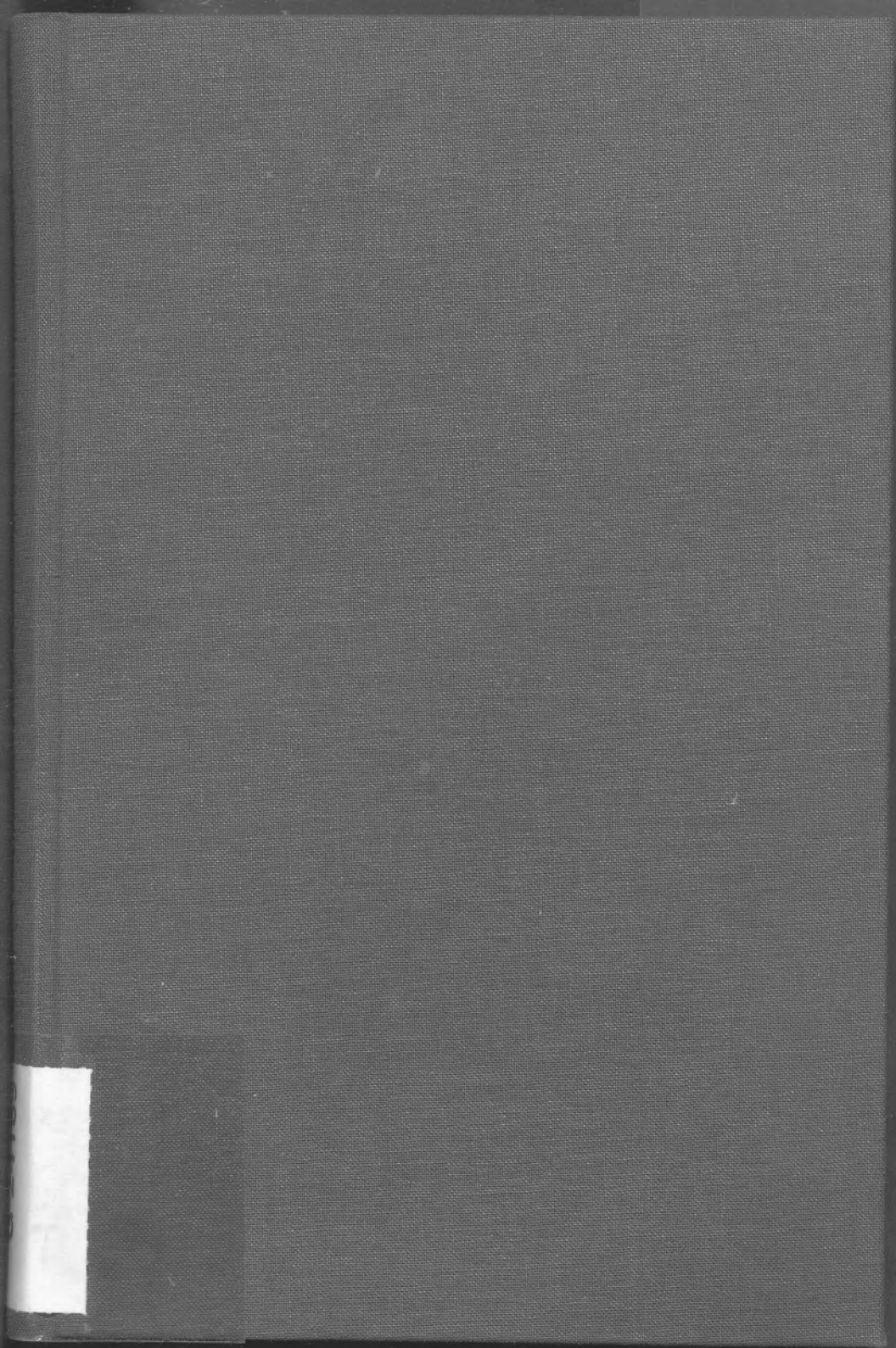




3622
A

C. 1131483

1. 100010

P. Zacarías Martínez Núñez

AGUSTINO



CONFERENCIAS

CIENTÍFICAS

ACERCA DE LA EVOLUCION
MATERIALISTA Y ATEA



1910



MADRID

IMPRENTA HELÉNICA, PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

TELÉFONO NÚM. 943.

CONFERENCIAS CIENTIFICAS

ACERCA DE LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA Y ATEA



P. Zacarías Martínez-Núñez.

Conferencias Científicas

ACERCA DE LA EVOLUCION MATERIALISTA Y ATEA

DADAS EN LA IGLESIA DE SAN GINÉS, DE MADRID

POR EL

P. Zacarías Martínez Núñez, Agustino,

DOCTOR EN CIENCIAS,
MAESTRO EN SAGRADA TEOLOGÍA, PREDICADOR DE S. M.,
PROVINCIAL DE LA MATRITENSE DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,
MIEMBRO DE LA ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL,
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Con aprobación Eclesiástica.

MADRID

IMPRENTA HELÉNICA, PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.
TELÉFONO NÚM. 943.

1910



SECRETARÍA DE CÁMARA
DEL OBISPADO DE
MADRID-ALCALÁ



*S. E. Rvma. el Obispo mi Señor ha
tenido á bien conceder el imprimatur al
libro titulado « Conferencias que acerca
de la evolución materialista » pronunció en
la Iglesia de San Ginés el Rvdo. P. Za-
carías Martínez, debiendo hacer constar
esta licencia en todos y cada uno de los
ejemplares y presentar dos de los mis-
mos en esta Secretaría. Lo que comunico
á V. R. para su conocimiento y efectos
consiguientes. Dios guarde á V. R. mu-
chos años. Madrid 16 de Marzo de 1910.*

Dz. Luis Pérez.

R. P. Zacarías Martínez, Provincial de los Agustinos.

DEDICATORIA

A la memoria bendita de mi hermano y Maestro
P. Cámara, Obispo que fué de Salamanca, célebre
iniciador de estas Conferencias;

Al Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá *D. José
María Salvador y Barrera*, como responsable
único de este trabajo;

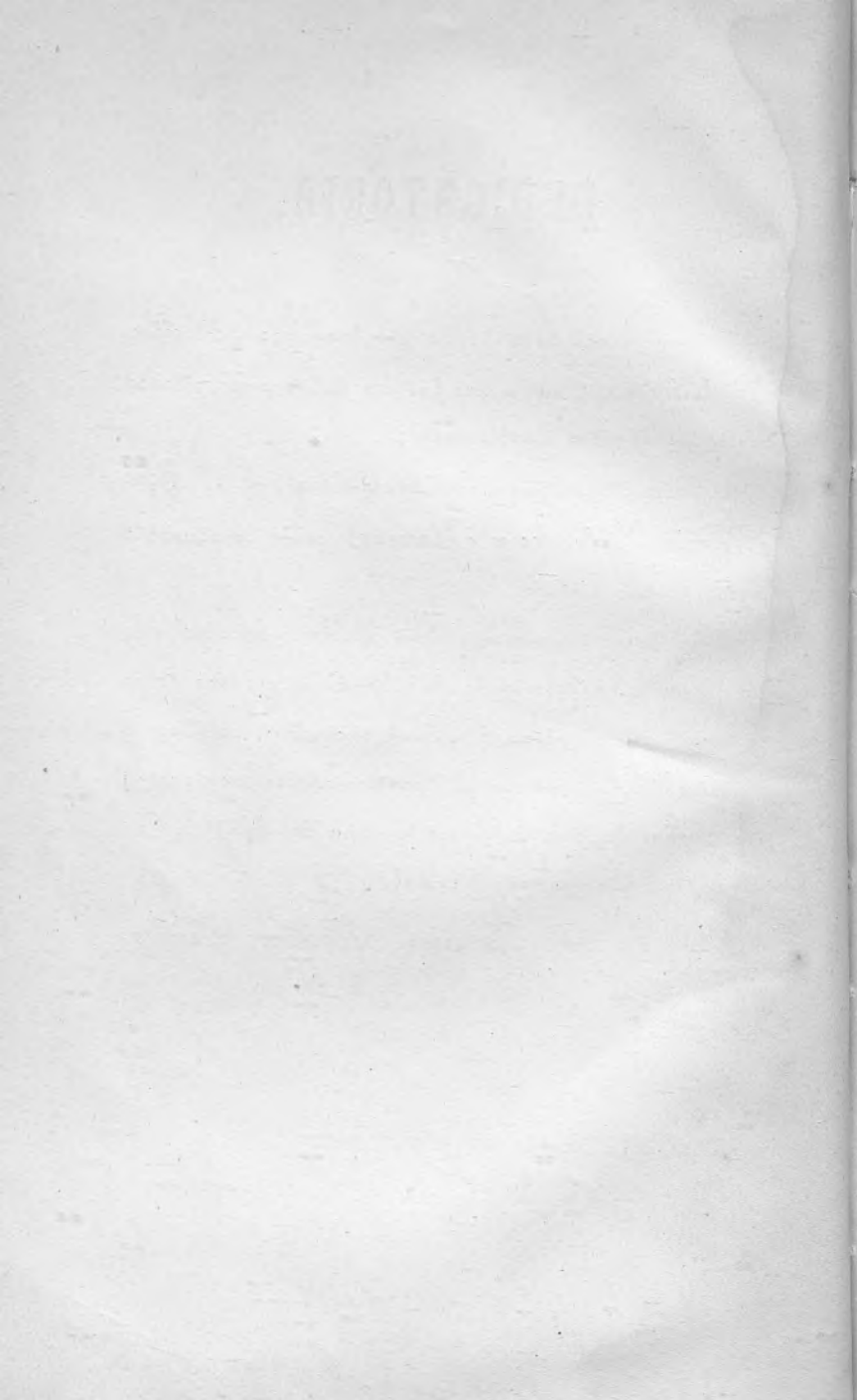
A los numerosísimos é ilustradísimos varones que
acudieron á la Iglesia de San Ginés á oír mi tosca
palabra, cualesquiera que sean sus ideas, católicos y
protestantes, agnósticos y librepensadores, masones y
ateos, pues de todo hubo "en la viña del Señor".

Dedica este pequeño libro el

P. Zacarías Martínez Muñoz.

O. S. A.

Marzo, 20, 1910.—Domingo de Ramos.

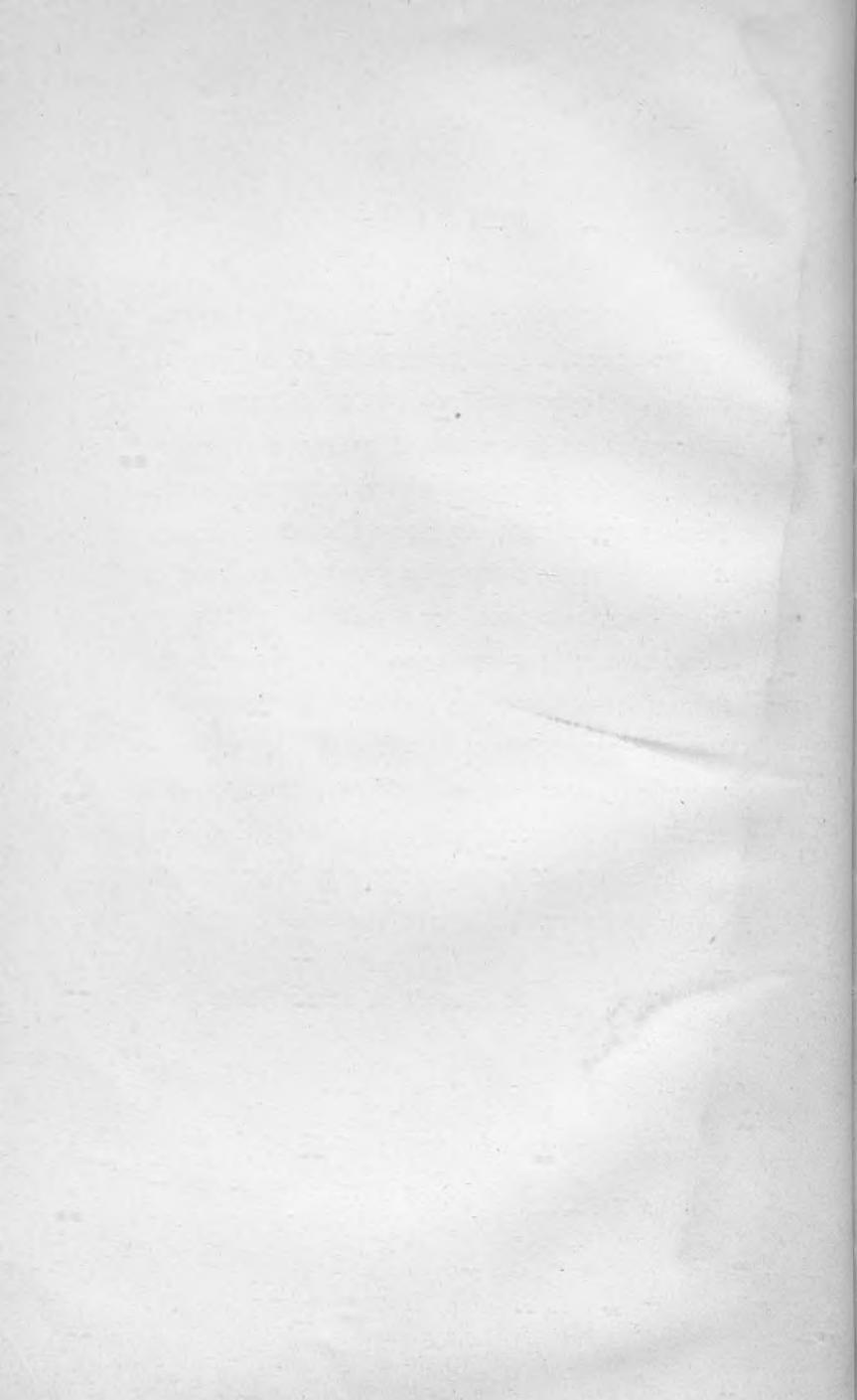


AL LECTOR

Una advertencia tengo que dirigirte, lector amigo. No se ocultará á tu penetración y á tu buen criterio que el completo desarrollo de los temas apuntados en estas Conferencias exigiria campo más vasto que el de un pequeño libro como el presente. Pero entonces, cada uno sería el capítulo de una obra voluminosa ó de varias, y yo no debo hacerlo; en primer lugar, por no retrasar su publicación que deseas se lleve con rapidez; y en segundo término, por no alterar los conceptos fundamentales que aún conservarás en la memoria si los oíste expresar en la Iglesia, no sin que en algunas ocasiones faltases un poco al respeto que se debe al templo del Señor, de lo cual el Señor te ha perdonado generosamente como lo cree en verdad tu afectísimo a.

P. Zacarías Martínez Núñez,

O. S. A.



PRIMERA CONFERENCIA

PRESENTACIÓN.—DIFICULTADES QUE OFRECEN LOS PROBLEMAS CIENTÍFICOS TRATADOS EN EL PÚLPITO.—PLAN DE ESTAS CONFERENCIAS.—EL HIMNO Á LA CIENCIA MODERNA Y LA ELEGÍA FÚNEBRE.—LOS SISTEMAS IDEALISTAS Y EL POSITIVISMO.—SÓLO QUEDAN HOY DOMINANDO EL MUNDO LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA Y EL TEÍSMO CRISTIANO.—EL MATERIALISMO ACTUAL.—LA «EVOLUCIÓN».





EXCMO. é Ilmo. Sr. (1):

Señores: Ante todo, tengo la obligación de presentarme á vosotros, ya que en el púlpito no hay nadie quien presente á nadie; no para mostraros quién soy, por cierto, como veis, bien pequeño de estatura física y más aún, como veréis, de talla intelectual; no para contaros méritos de que carezco en absoluto, ni las cualidades necesarias á todo el que suba aquí, y que yo de ninguna manera poseo, sino para deciros que el único responsable de que yo me halle en esta sagrada cátedra de San Ginés, en donde resonó con acentos vencedores la voz de aquel insigne Agustino, hermano mio y maestro, que se llamó P. Cámara, Obispo de Salamanca, es nuestro amadísimo Prelado, que, como sabéis vosotros, multiplica su actividad en la capital de España acudiendo con su autoridad, que es mucha, y su caridad,

(1) El Exemo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

diligencia y celo apostólicos, que son mayores, á todos los medios y recursos legítimos, teológicos, filosóficos, científicos, artísticos y sociales, para salvar á las almas que se le han encomendado. Pero esta vez (no temo decirlo aquí) el cariño le cegó completamente y se equivocó, sin quererlo, en la elección de un recurso tan pobre y mezquino como mi persona para una empresa tan grande.

Al daros las gracias por haber acudido á su cita, yo pido á vuestra indulgencia, yo pido á vuestra amabilidad que puesto que conocéis y amáis al Prelado que tantas cosas buenas hace por todos y tantos aciertos tiene en el régimen y gobierno difícil de esta diócesis, le perdonéis por una vez siquiera este gran desacierto y esta lamentable equivocación. Y para mí os pido que desde este instante me consideréis como un reo delante de vosotros que hace su defensa propia y la defensa de su Madre (la Iglesia católica, apostólica, romana) al exponer lo que vais á oír y al impugnar lo que vais á escuchar. Pido á este jurado ilustre que, con más rectitud é inteligencia que los jurados civiles, dicte la sentencia futura, no olvidando, señores, que si en todas partes es buena siempre la misericordia, cuando se está en el templo no sólo es buena, sino necesaria con las personas arrepentidas como yo y

algo cohibidas en su libertad, lo cual constituye circunstancia atenuante.

Además, los problemas científicos son buenos para tratados en una Cátedra ó en un Ateneo; pero tratados en un púlpito, á las dificultades gravísimas que en sí contienen, hay que añadir la dificultad enorme de su expresión, suprimiendo gran parte del tecnicismo científico que los hace accesibles á inteligencias cultas como la vuestra. Y en este trance apuradísimo ¿á quién he de acudir sino «al Señor de las ciencias», que vence con un solo rayo de la suya todo el contenido de la pobre ciencia humana? Yo he seguido, señores, antes de subir aquí, el consejo del gran Ampère: «Oí con un oído á los sabios del mundo y con el otro escuché las verdades eternas; con una mano me apoyé en los descubrimientos científicos y con la otra procuré asirme del vestido de Dios como el niño del vestido de su padre.» ¡De este Padre de las luces espero la luz; de esta fortaleza de los débiles espero la fuerza; de esta fuente única de la inspiración universal deseo la inspiración!

¡Oh, Jesús mío, Sabiduría eterna, clavada en la Cruz por nosotros! Al recorrer las páginas del pobre libro de la ciencia humana, haz que no me olvide de mirarte á Ti, que eres el libro de la cien-

cia divina, el único Maestro, el camino, la vida y la verdad de todos los hombres, pueblos y razas! Voy á hablar del grosero, del innoble sistema de la evolución materialista y atea que cruza hoy la tierra como una tromba; ¡haz, Señor, que al hablar de la materia, la materia no manche mis labios ni oscurezca mis pensamientos! ¡Purificalos y fortalécelos Tú, Señor, que haces cruzar por lugares inmundos, sin que se manchen, los limpidos rayos del Sol que iluminan las jornadas de nuestras vías terrestres!

Señores: Vengo á combatir, no con armas teológicas, sino con las armas científicas que yo pueda usar, el gran error que hoy domina en el mundo que no es cristiano, la evolución materialista y atea. Ved, pues, el plan que tracé: esta tarde describiré el espectáculo que hoy ofrece la ciencia y á qué extremos se reduce la lucha entre ella y la fe; en las tardes sucesivas hablaré de la evolución, de la evolución materialista y la vida, de la evolución y la inteligencia, de la evolución y la moral. Como veis los temas están encadenados y forman un todo lógico; pero es tal la extensión de cada uno, y tan poco el tiempo que debo emplear en desenvolverle, que me veré precisado á omitir, si no puntos capitales, detalles preciosos que acaso facilitarán mi labor. Y basta de prólogo.

I

Como sabéis, desde hace algunos años, la superficie de la tierra que lleva en sus hombros á la humanidad se ve agitada frecuentemente por las convulsiones del terremoto y la erupción devastadora de los volcanes. Aun no se han borrado de la memoria de los hombres los tristes recuerdos de La Martinica y Valparaíso, San Francisco de California y Messina y, por último, Canarias. Como si hubiera concordancia entre el mundo físico y el mundo social, en éste hemos sentido también terremotos y convulsiones, y cabe decir que asistimos hoy á la anarquía del mundo. Pero mientras en aquél, aunque se relacionan con la actividad revelada por las manchas solares, no sabemos nada, absolutamente nada, de las causas geológicas productoras de esos fenómenos tremendos, en éste podríamos, á ciencia cierta señalarlas, como principio, al menos, de esa anarquía universal.

La rebelión se ve hoy en todas partes; la irrupción de los bárbaros alcanza á las ideas y á las costumbres; y así como la actividad del volcán se manifiesta por la explosión de los gases al exterior, como un rugido seco de cien leones, por la columna de fuego y humo y lava hirviente lanzada á lo alto que cae después en las laderas de la montaña, arrasándolo todo, así los niños grandes y civilizados del siglo xx, hijos de un padre viejo y vicioso, se han hecho visibles en el orden intelectual, moral y social por el rugido de sus pechos, llenos de odio reconcentrado, por la explosión de las bombas de dinamita y el siniestro resplandor de la tea incendiaria.

Ante el espectáculo tristísimo que hoy ofrece el mundo, «el creyente llora porque ve su fe debilitada; el librepensador llora también porque aún quedan viejas supersticiones» (1); el aristócrata se arma, el demócrata se revuelve, el demagogo ruge, el anarquista y el socialista braman; tiemblan el propietario y el industrial ante la amenaza constante de los obreros; el filósofo experimenta el hastio de los sistemas insuficientes; el moralista contempla

(1) *Les Maîtres de la Pensée contemporaine*, por J. Bourdeau.—Paris, 1904.

con horror la depravación de las costumbres sociales y domésticas, el vicio glorificado y la virtud prostituida, y hasta el hombre científico moderno que debiera vivir en el templo sereno de la verdad, adonde no alcanzan las tormentas del bajo mundo, siente el contraste doloroso que ofrecen algunos sabios cantando el himno triunfal de las alegrías de la ciencia y la elegía fúnebre de sus tristezas que cantan otros. Oigamos, señores, porque merece la pena, este himno triunfal y esta elegía fúnebre.

II

¡La *ciencia*! He aquí, señores, la palabra mágica con que nos azotan los oídos á todas horas gentes que apenas la han saludado. En todas partes oiréis hablar de ese poder anónimo como de una divinidad indiscutible: «Lo dice la ciencia, los descubrimientos científicos, las conclusiones inevitables de la ciencia.» «El Universo, dicen (1), ya no tiene misterios para el hombre, porque está encadenado á las leyes físico-químicas», con las cuales se despejan todas las incógnitas en los cielos, en la tierra y en los mares.

¿Quién no admira á la ciencia moderna? Distinguiéndola bien de las opiniones erróneas de los hombres científicos, como separo del arte las desvergüenzas de los artistas, yo soy el primer en-

(1) Hæckel.

tusiasta admirador de la ciencia. ¿Por qué? Porque ella nos da hoy del Universo un concepto más amplio, comprensivo y racional que el que alcanzaron nuestros mayores; porque ha abierto á nuestros ojos horizontes de infinitas maravillas.—La Astronomía no se contenta ya con medir las órbitas de los astros conocidos, y encerrar en fórmulas sus colosales dimensiones, los planos de sus movimientos, la longitud é inclinación de sus ejes, y analizar con el espectroscopio la constitución íntima de sus masas; sino que con el poder del antejo y por métodos rigurosamente científicos, hace surgir del fondo obscuro de los espacios mundos nuevos sin explorar, y establece sus leyes reguladoras, sus influencias recíprocas y el fin armónico á que tienden.—La Química, mediante el análisis y la síntesis, nos da á conocer todos los días nuevos productos y nuevas sustancias.—La Física hace constantemente bellas aplicaciones de la luz, la electricidad y el vapor; los estudios geológicos han descrito, por decirlo así, la fisonomía de la corteza terrestre, y quieren internarse en los lugares en donde se forman el terremoto y el volcán, y con el auxilio de la sonda, recorren los canales, las aristas y pendientes de las montañas submarinas. Las ciencias biológicas nos han revelado algo más hermoso que

todos esos prodigios del mundo de la materia; las manifestaciones de la vida, rompiendo la valla que la ocultaba, y con la luz del microscopio han descubierto nuevos cielos y nuevas tierras, islas exploradas y bosques que parecían impenetrables, seres más estupendos que los formados en la nebulosa primitiva, leyes más sublimes que las de la Mecánica celeste, constelaciones de organismos invisibles, ínfimas criaturas, en las cuales puso Dios el secreto de la vida y de la muerte.

Si; la ciencia moderna doma hoy las fuerzas todas del Universo, mide los espacios, pesa las cenizas cerebrales, excava en la cuna de los seres fósiles é inquiere las pulsaciones de la vida. Ella ha escalado las alturas y bajado á los abismos y ha rasgado el velo de la creación universal. Por ella surca el hombre con rapidez las ondas alborotadas de los mares, y cruza montañas y riscos inaccesibles; apriisionó la palabra humana en cilindros de cera, y hoy transmite sus vibraciones sin hilos telegráficos; arrebató á las nubes la chispa y sus secretos al firmamento azul; nos hace ver hasta rayos *invisibles* y *oscuros*; agrandó prodigiosamente el mundo microscópico, y acercó á nuestros ojos lo que era indefinidamente distante; trata de sorprender el misterio de los orígenes de los minerales y las rocas, de los

organismos vegetales y animales; quiere surcar y surca ya las ondas atmosféricas, y nos hace oír todos los días el soberano concierto de las humanas industrias!

¡Industrias! ¿Quién las puede contar? Industrias químicas, aplicadas á los explosivos, armas y cañones, á la fabricación del gas y á las minas, á los colores artificiales y á las piedras preciosas imitadas; industrias del vapor, aplicadas á los caminos de hierro, á los grandes acorazados y trasatlánticos, á los automóviles, á la navegación aérea, á las grandes fábricas y talleres; industrias de la luz, aplicadas á la fotografía en colores; de la electricidad, aplicada al telégrafo, al teléfono, fonógrafo y á las lámparas incandescentes; industrias de la Biología médica, con sus anestésicos y antisépticos, fermentos metálicos y teorías microbianas... ¡Todo, señores, es hoy progreso de la ciencia, y atribuid á él el desarrollo de las artes, la formidable agitación de los pueblos, la expansión de la cultura hasta los confines del mundo (1), las transformaciones rápidas, sociales y políticas, al soplo de la libertad é independencia del hombre y... hasta los esfuerzos para construir una moral teórica y práctica, sin ri-

(1) J. Bourdeau, ob. cit.

dículas sanciones religiosas, fuera de las revelaciones de la fe; por que, señores, dice un fisiólogo de París: «á medida que el reinado de la fe decrece, se agranda el reinado de la ciencia, como las tribus salvajes desaparecen ante los fulgores de la civilización. Dentro de pocos años, que ya es decir, no habrá fe ni salvajes» (1).

(1) Carlos Richet: *Revue Scientifique*, de París, 1.º de Noviembre de 1902.

III

Tal es el himno triunfal de la ciencia; aunque habréis notado que hay en él cosas ciertas y falsas, afirmaciones gratuitas como las primeras, y esperanzas ilusorias como las últimas. Volvamos la página, y escuchemos la elegía fúnebre que no se refiere á las conquistas innegables de la ciencia que todos bendecimos, porque de ellas gozamos, si no á las raíces, á los fundamentos de la ciencia misma. ¡Ah! señores; no soy yo el que va á entonar esa elegía; se han encargado de ello hombres eminentes, quizá los más ilustres de la ciencia moderna.—Lo que sabemos es una gota de agua; lo que nos falta por saber es el océano insondable, decía Newton. El mundo está lleno de misterios, y la pobre ciencia humana es incapaz de levantar el velo que los oculta. Un mes, un año, un siglo no bastaría para enu-

merarlos. El orden del Universo, la naturaleza de la materia y de la fuerza, el origen del movimiento y de la vida, de la sensación y la conciencia, las ideas, el lenguaje y la libertad (1): misterios arriba, abajo y en todas partes. Aun las cosas mejor averiguadas presentan barreras infranqueables, «como el Norte del Indostán ofrece cúspides que jamás holló la planta humana» (2).

Prescindamos, por ahora, de las ciencias de la vida, cuyos misterios son tantos como sus manifestaciones. ¿Quién no lo sabe? «Las ciencias físicas, dice un sabio ateo (3), tienen sus dogmas científicos que inspiran el mismo temor supersticioso que los dioses de las viejas edades: doctrinas que parecían eternas están desvanecidas hoy; hay sabios irritados, porque se les demuestra la vanidad de esas doctrinas y esos dogmas, porque ven derruirse esos edificios científicos que parecían seculares: el hombre moderno perdió sus viejas creencias y pide nuevas luces para orientar sus pensamientos; las antiguas especulaciones quedaron sin prestigio,

(1) Se pueden añadir muchísimos á los señalados por Dubois-Raymond.

(2) Pablo Sabatier: *Revue Scientifique*, de París, 29 de Mayo de 1909.

(3) Dr. Gustavo Le Bon: *L'Evolution de la Matière*, París, 1907; *L'Evolution des Forces*, París, 1908.

porque no tuvieron por cuna los laboratorios; y por eso hoy, la creencia última que nos queda es la fe en la ciencia. Pero ¡ay! esta divinidad no nos ha dicho aún la razón primera de un solo fenómeno». «Pescamos en agua turbia; sin embargo, hacen falta sabios que no teman pescar así» (1).

Otro sabio eminente, quizá el cerebro mejor organizado de la Francia actual, exclama: «Las teorías científicas duran poco tiempo y las ruinas se amontonan sobre ruinas; en un día nacen, al siguiente están de moda, al tercero son clásicas y al cuarto se olvidaron para siempre. Vienen á ser como los imperios de la tierra, y si Bossuet estuviese entre nosotros, qué acentos elocuentísimos hallaría para denunciar su fragilidad» (2). Porque, señores, los fundamentos de todas las ciencias están en el aire; una sola, fijaos bien, «una sola experiencia de Kaufman en las emanaciones del radio, relativa á la masa longitudinal y transversal totales, trastorna hoy á la vez la Mecánica, la Óptica y la Astronomía. La revolución que hoy sufre la Mecánica es completa y las nociones fundamentales, estimadas

(1) Emilio Picard: *La Science Moderne et son état actuel*, París, 1907.

(2) H. Poincaré, *Revue Scientifique*, de París, 7 de Agosto de 1909.

como sólidas y firmes, son batidas en brecha por audaces innovadores» (1); las fórmulas más racionales se consideran hoy como símbolos arbitrarios que nos ocultan la realidad de las cosas, y sabedlo; á las grandes cuestiones que interesan hoy á la humanidad, sólo contesta el hombre científico con signos de interrogación. ¿Qué más? Enfrente de esos idólatras del poder absoluto de la ciencia, oid á aquellos que hablan de la bancarrota de la falsa ciencia, porque ésta se burla de los misterios de la muerte, cuando no sabe nada, absolutamente nada, de los misterios de la vida; y á los otros, para quienes «nada hay verdadero sino es el instante presente y que todo es ilusión en el mundo, del cual debemos gozar y reirnos (2); ved la novísima *Filosofía pragmática*, que se encara con la ciencia y le dice: «Niego la realidad de tus leyes, niego tus verdades objetivas, porque sólo son aproximaciones de la realidad, ó mejor, traducciones simbólicas; tus hechos científicos no son tales hechos, sino creaciones del espíritu; tus construcciones son fortuitas y contingentes, y tus verdades son creencias

(1) H. Poincaré, ídem íd. y *Science et Méthode*, París, 1908.

(2) Federico Nietzsche.

inferiores á las morales y religiosas. Todo es quimérico en ti; quiméricos tus principios, y tus leyes quiméricas, porque no hay en el mundo más que una verdad, la vida, y sólo una función, el pensamiento, que es la función de la vida» (1).

(1) Vid. Abel Rey: *La Philosophie Moderne*, París, 1908.



IV

Y ved aquí, señores, adónde se ha llegado en los años últimos en el campo de la Ciencia y la Filosofía; de esa Filosofía pragmática, caduca y pasajera, porque es el suicidio de la razón; y de esa ciencia materialista, procaz, corrosiva, tiránica é imperiosa que con sus exageraciones la dió origen, como ha dado origen á todos los grandes errores que hay en el mundo, porque, señores, la corrupción de la materia engendra los gusanos.

Si prescindimos de esas contradicciones científico-filosóficas que acabáis de oír y que llevan al ánimo el escepticismo más espantoso, y fijamos la consideración en las ciencias de la vida que son las más importantes, notaréis que todas las grandes cuestiones que hoy agitan á la humanidad, de las ciencias naturales han surgido y en el campo de las ciencias naturales se discuten y revuelven. León XIII, en la Encíclica *Humanum genus*, apun-

taba ya: «que los naturalistas, audazmente empeñados en el camino del error sobre los puntos más graves, se ven como arrastrados lógicamente por las consecuencias últimas de sus principios, y concluyen por negarlo todo»; todo, hasta el principio de contradicción.—Pasaron ya, para no volver, aquellos vastos sistemas filosóficos, atrevidos y rebeldes, formulados por cabezas huera y plumas insensatas que cubrían la falta de solidez con el artificio de la retórica; pasaron como relámpagos fugaces los sistemas idealistas y los delirios románticos del siglo anterior, que cruzaron la atmósfera como nubes de tempestad, iluminando con fatídicos resplandores á las sociedades europeas. ¡Ah!, el hombre como Luzbel, quiso ascender al trono del Altísimo y hacerse como Dios; mas en aquellas alturas faltaban el oxígeno y la presión atmosférica, y el hombre, como Luzbel, se asfixió y cayó rodando á la negra sima del positivismo. Mas el positivismo no bastaba; con su negación de toda Metafísica y de todo conocimiento de sustancia y de causa y de todos los principios generales filosóficos, al relegar á lo incognoscible el problema de los orígenes y el destino de la humanidad, al identificar la Ciencia y la Filosofía, provocando la ilusión de que toda explicación satisfactoria de los fenómenos del mun-

do se hallaba fuera de la ciencia, se enemistó con la ciencia misma; y en vez de conseguir lo que estúpidamente quiso Augusto Comte, «conceder el retiro al Padre del Universo acompañándole hasta la última frontera», sólo consiguió que el positivismo pasase á las fronteras de la Historia, ante la eficacia de las recetas materialistas, y que su autor pasase las fronteras de la eternidad, sin que ya nadie se acuerde de él ni de sus compañeros, si exceptuamos á Spencer, mas no por ser positivista, sino por haber preparado el camino al monismo transcendente, «la más ridícula, la más grosera síntesis del saber humano».

Si; el materialismo, al triunfar de todos los sistemas ateos similares, clavó sus tiendas en la materia; y la materia, hoy colocada en sus manos, adopta formas vistosas que antes no tuvo. Oculto como un reptil en los estratos del tiempo, desde Leucipo y Demócrito, empezó á respirar en los siglos xvii y xviii, y en el siglo xix removi6 la tierra, levantando vapores inmundos, movió los hombros y asomó la cabeza. Al contemplarle, un orador insignie (1) le apostrofó llamándole «abyecto, grosero, miserable y bestial»; otros se esforzaron por destruir

(1) P. Lacordaire.

el ídolo, el «ídolo contemporáneo» (1), y un filósofo español (2), hace seis lustros exclamaba: «de todos los puntos del horizonte levántase hoy y crece y se desarrolla y se afirma, un movimiento materialista que amenaza apoderarse por completo de la sociedad en todas sus partes. Universidades y Ateneos, libros y periódicos, escuelas y Parlamentos, artes y ciencias, todo se halla minado y corroído por ideas materialistas que invaden todas las esferas de la vida y penetran lentamente en todas las capas sociales y marchan á la conquista del mundo. Si llegan á dominar en él, se verán ruinas, barbarie, sangre y disolución universal...» Y terminaba así: «la fuerza de la batalla está hoy entre el monismo cósmico ó evolución materialista y el teismo cristiano».—Y realmente, señores, hoy son los dos sistemas que dominan el mundo; las dos grandes ciudades que describió mi gran Padre S. Agustín; la del bien y la del mal, el sistema del orden y el sistema de la anarquía, Dios y Satanás, el Catolicismo y el materialismo. Porque, señores, hoy ya no se discute la divinidad de la Iglesia, ni el contenido de sus dogmas, ni siquiera la divinidad de

(1) P. Monsabré.

(2) Cardenal González.

Jesucristo. El siglo xvi quiso lanzar á Dios del seno de la Iglesia; en el siglo xviii y xix se quiso lanzar á Jesucristo del seno de la sociedad y del fondo de los corazones; hoy, en el siglo xx, se quiere suprimir hasta la idea de Dios, desterrar á Dios del Universo entero.

Mas, notadlo bien; el materialismo de hoy, aunque retórico y dogmático como el de la Enciclopedia, no es como aquél; se presenta con tal aparato científico y con una multitud de recursos deslumbradores que seducen fácilmente á los incautos ó á los débiles de cerebro. No usa ya los antiguos argumentos filosóficos ó teológicos, escritos en papel manchado de aceite, como lo debieron de hacer los panteistas Jordán Bruno y Espinoza, sino que armado de lámparas con que ilumina el fondo de los mares y las entrañas de la tierra, y de anteojos y espectroscopios, con que sorprende á los astros en sus movimientos y constitución, y de microtomos y microscopios con que desenreda la trama de los tejidos orgánicos; y cargado, no de aromas y de perfumes como la Reina Sabá ante el palacio de Salomón, sino de martillos y olores de creosota y esencia de clavo, llama á las puertas del templo natural del mundo, con laudable tesón y sobrada osadía, para que la diosa *Fuerza*, que mora

allí, responda á sus preguntas y le revele sus secretos más ocultos é íntimos.

Apoyándose ilegítimamente en una Ciencia nueva, la Biología, ha elevado á ésta á la cúspide de todas las ciencias humanas, declarándola la más importante de todas, porque es la ciencia que dá una nueva visión del mundo y proporciona los materiales para construir el deseado edificio científico universal, porque formula leyes para todo y lo abraza todo; es la ciencia por antonomasia, la ciencia general, la *Suma de la ciencia*, el templo de la ciencia moderna con sus divinidades idolátricas, sus turiferarios y adoradores y en cuyo vestíbulo se lee esta suprema palabra: ¡evolución!

¡Señores! Veremos el significado de esa palabra en la Conferencia próxima.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA EVOLUCIÓN.—FORTUNA QUE HA TENIDO LA PALABRA «EVOLUCIÓN».—DOCTRINAS BIOLÓGICAS Á QUE HA DADO ORIGEN.—CLASES DE EVOLUCIÓN.—SIGNIFICADO DE ESA PALABRA.—EVOLUCIÓN POSITIVISTA Y MATERIALISTA.—AFIRMACIONES DEL MONISMO TRANSCENDENTE.—REFUTACIÓN DE LAS MISMAS.—EL MECANICISMO.—ANTROPOMORFISMO.—IDEAS «Á PRIORI» DE LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA.



EXCMOS. Sres. (1):

Os prometí hablar, en esta tarde, de la evolución. He aquí una palabra que ha tenido la fortuna inmensa, como ninguna otra, de aplicarse á todo lo que hay en el mundo; ciencias, artes, costumbres y religiones; á todo cuanto cae bajo la mirada, el corazón ó el entendimiento del hombre.—No hay en las lenguas humanas ni en los Diccionarios académicos otra más universal ni que se use más frecuentemente; y en el actual *credo científico*, la idea que en sí contiene, trasciende los límites de las mismas ciencias que la dieron el sér, porque abraza los problemas difíciles y oscuros de las restantes disciplinas.—Su imperio es el más grande de los imperios y su historia la más soberana de las

(1) Los Excmos. Sres. Obispos de Madrid-Alcalá y de Sión.

historias, y con lo que de ella se dice se puede escribir la más grande de las epopeyas, muy superior á la del Dante, aunque éste hiciera intervenir en la suya los cielos, la tierra y el abismo. — Si la epopeya de la evolución no se ha escrito todavía, atribúyase, no á la falta de inspiración y de luz que brotan siempre de esa palabra mágica en abundante raudal, sino á la brevedad de la vida y á la cortedad del entendimiento del hombre, que no puede abarcar círculo tan grande.—Sin embargo, debo deciros en honra de la justicia, que si no ha inspirado epopeyas ha sugerido *poemas pequeños* y continúa hoy inspirando, no á todos con igual acierto y oportunidad, cuentos y fábulas á algunos *deos menores* de la ciencia moderna; y ya que el reinado de Darwin, como sabéis, fué un reinado efímero, se espera con ansiedad al nuevo Homero, al Dante ó al Newton que revele al mundo, en una suprema síntesis, todo el contenido de esa idea misteriosa que colocada por algunos en el centro del Universo, rige los destinos de todas las criaturas y preside todos los fenómenos de la circulación perpetua de la materia y de la vida cantada por Moleschott en insoportables dítirambos.

Todas las doctrinas, todas las hipótesis científicas de la vida, la de Lamarck y Darwin,* Spencer y

Hæckel, Weismann y otros, se apoyan en la evolución, y es tan grande la bibliografía á que la evolución ha dado origen, que me atrevo á decirlo, puede competir con la bibliografía literaria de cualquier país y en cualquier tiempo.—Los libros que yo conozco tratan de la evolución de las estrellas (1); la evolución en la Química (2), en la Anatomía, Fisiología y Lingüística (3); de la evolución del mundo orgánico é inorgánico (4); de la *Psicología General* (5); de las bases de la moral, de la familia y del matrimonio (6); del desarrollo de la mente (7); de las ideas-fuerzas (8); de la Historia Natural de las creencias y Religiones (9), y no hay libro de texto ó de consulta de Zoología ó Antropología en que no se haga ver la maravillosa cadena de los seres vivos, vegetales y animales, desde la bacteria más humilde al *Homo sapiens* de Linneo.

La evolución se admite hoy como un postulado de la ciencia que lo domina todo, y su influencia es-

-
- (1) Jansen.
 - (2) W. Ckroques.
 - (3) Beaunis, Matías Duval y Hovelacque.
 - (4) Ernesto Hæckel.
 - (5) Carlos Richet.
 - (6) Spencer y Letourneau.
 - (7) Romanes.
 - (8) Mr. Fouillée.
 - (9) Van Endè.

piritual en todos los órdenes de la vida es evidentísima. Veamos las clases de evolución y dispensad el tecnicismo, porque en este caso es insustituible. Hay evolución inorgánica, orgánica y supra-orgánica. La primera es la cósmica ó sideral, desde la aparición difusísima de la primitiva nebulosa hasta su concentración en soles, estrellas y sistemas estelares;—sigue la evolución planetaria, que es una fase de la anterior, realizada en millares de siglos; viene después la evolución de la tierra con sus períodos conocidos en las ciencias de las rocas y de los fósiles.—La evolución orgánica abraza la *biogénica* ó aparición de la vida en el fondo de los mares ó no se sabe dónde; la *embriológica*, vegetal y animal; la *ontogénica* ó desarrollo del individuo, la *filogénica* ó desarrollo de la especie; la evolución psíquica ó tránsito de la vida general á la categoría de la sensibilidad y á los instintos, y de los instintos á la inteligencia y á la voluntad. Por último, la evolución supra-orgánica comprende todo lo que se refiere al progreso humano, desde el hombre primitivo que luchó con el oso de las cavernas, al hombre moderno que lucha con otra especie de osos, porque aquélla se extinguió; evolución de las ciencias y de las artes, del lenguaje y la moral, de instituciones, dinastías, gobiernos é imperios, pue-

blos, razas y costumbres y hasta evolución de los vestidos.

Y señores; no sólo hay una Filosofía de la evolución, sino que hay una Teología evolucionista que se enseña en cátedras, ateneos, libros, revistas y periódicos y, lo que es peor, en los bancos de las escuelas primarias, en donde se dice á los niños que el mundo no fué creado por Dios, sino que es efecto de la evolución.—Hay creyentes que defienden la evolución en general, porque ven en ella pruebas de su fe; en cambio los incrédulos modernos la adoran con entusiasmo porque la evolución (cito sus palabras) «elimina del humano pensamiento toda idea del orden sobrenatural, porque derroca los ídolos adorados por la humanidad durante tantos siglos; porque su explicación mecánica de los fenómenos del mundo y su teoría de la descendencia, son las únicas que satisfacen á la razón del hombre, cuyo origen, último eslabón de la cadena animal, no es ni más ni menos misterioso que el de todas las formas orgánicas de la Naturaleza viviente» (1). Veamos, señores, cuáles son las afirmaciones y las pruebas de la evolución materialista.

(1) *Les Théories de l'Evolution*, par Ives Delage y Goldsmith, París, 1909.

I

Ante todo, dice Spencer, «conviene tener en cuenta que la palabra evolución es difícil de definir como todas las grandes palabras; y como las definiciones concretas y buenas suscitan siempre enormes dificultades, es preferible usar de fórmulas vagas que son muy útiles». «Evolución es dilatación de un ser cuyos elementos en estado difuso se van concentrando, perfeccionándole; es el tránsito de lo homogéneo, indefinido é incoherente, á lo heterogéneo, concreto y definido por integración de la materia y disipación concomitante del movimiento ó la fuerza que á ella se une» (1).

Según otros, para que la evolución se dé, «basta que haya un cambio en la materia, favorable ó desfavorable», ascendente ó descendente, como en las

(1) *Essais sur le progrès*, traducción de A. Burdeau. *Les premiers principes*, traducción Cazelles.

progresiones aritméticas y geométricas.—Otros entienden por evolución sólo «los movimientos lentos, progresivos y graduales de la materia y la energía»; aquéllos, la transformación insensible de las cosas, «el desarrollo interior y espontáneo del sér mediante una fuerza propia que le anima»; «el equilibrio de la herencia ó fuerza conservadora y la selección y lucha por la vida, que son fuerzas revolucionarias»; por último, otros entienden por evolución «el principio director de los cuerpos organizados ó la marcha general del mundo en una dirección determinada».

Pasemos por alto estas definiciones *difusas*, desiguales y contradictorias. Spencer declara la utilidad de esas fórmulas vagas y sin decirnos, en concreto, para saber á qué atenernos, qué se entiende por evolución, con la evolución busca la unidad de las leyes del mundo y la continuidad perenne de la vida que se derrama y despliega magníficamente en los tres reinos conocidos, y hace con ella la suprema síntesis, que va aplicando á todas las ciencias filosóficas y humanas disciplinas, con estas proposiciones, que serían verdaderas si se demostrase que lo son: «Continuidad rigurosa del orden mecánico, ó sea reducción de todos los hechos físicos á mecánicos equivalentes; — continuidad del orden

mecánico y el biológico, ó sea reducción de la vida á las fuerzas fisico-químicas;--continuidad del orden biológico y el psicológico, ó sea reducción de la Biología á la Psicología general, y de los elementos psíquicos á equivalentes fisiológicos y orgánicos». De donde se deduce que hay tres clases de evolución; evolución de la materia y las fuerzas fisico-químicas, evolución de la vida y evolución humana (1).

Y oid, señores, al autor alemán del monismo trascendente cómo alaba y comenta al filósofo inglés: «el triunfo de la Biología moderna consiste en haber reducido el milagro de los fenómenos orgánicos y vitales á elementos de la materia y la energía, y en haber sustituido la palabra *creación*, por la palabra *evolución* (2)». «Todo es materia y movimiento; el universo es eterno, infinito é ilimitado, compuesto de una eterna substancia y una fuerza eterna, también infinitas, ilimitadas é indestructibles: son sus dos atributos con los cuales llena el tiempo y el espacio con alternativas de vida y de

(1) Véanse, además de las citadas, las restantes obras de Spencer, publicadas por Félix Alcan. sobre todo *Principes de biologie* (trad. Cazelles), *Principes de Psychologie* (trad. Ribot y Espinas).

(2) Hæckel: *Histoire de la creation*, etc., París, 1909; Conferencia 13.^a

muerte y da origen á la unidad universal; por eso se llama *monismo* la doctrina que defendemos, por que lo abraza todo y lo contiene todo. ¿Todo?— Sí; esa fuerza de la vibración solar que evapora el agua de los ríos y de los mares; que formó la flora lujuriosa de las edades pasadas y hoy se esconde en cada partícula y en cada átomo de la hulla; esa fuerza que fabrica albúmina y albuminoides y se manifiesta en el ámbar que se electriza, en el vapor que se condensa, en el sólido que se licúa, en el líquido que se hace sólido, en la luz que se difunde y en el sonido que se esparce; esa fuerza que hace subir la savia y palpar los nidos, que reverbera en el pensamiento y late en el corazón y vuela en la libertad.— ... todo es igual y lo mismo, porque todo obedece á una ley universal, que es la ley de la eterna substancia. La evolución del universo es un proceso mecánico y uniforme, dependiente de leyes indestructibles, mecánicas y necesarias, por las cuales sabemos que el alma, el espíritu, su libertad é inmortalidad son ilusiones infantiles; que Dios es el mundo y no ese Dios antropomórfico, ese vertebrado aeriforme de los católicos; que su poder es el Acaso y su Providencia la selección natural... Esta es la sola revelación divina que debemos leer escrita en los espacios infinitos, y todo hombre sano de

cuerpo y de espíritu puede encontrarla en ese santo templo, y ella será la recompensa á sus esfuerzos generosos é investigaciones libres (1).»

(1) En casi todas las obras de Hæckel; y estas últimas palabras son de la obra citada antes, pág. 538: *Les enigmes de l'Univers, Le Monisme*, etc.

II

Señores: estas son las afirmaciones y las pruebas de la evolución materialista; afirmaciones categóricas, rotundas y dogmáticas. ¿Pruebas? Nulas, absolutamente nulas; y como en materia de ciencia falsa los católicos somos más racionalistas que los incrédulos en materia de fe, tenemos derecho á exigir esas pruebas de una ciencia que se llama experimental; y si no las hay, debemos arrojar á los impostores del templo santo de la verdad, si fuera posible con los mismos procedimientos con que Jesús arrojó á los mercaderes del templo de Jerusalén; porque, sabedlo, en la Ciencia también hay mercaderes.--Llegó la hora crítica para todos, hombres y sistemas, aunque aquéllos se llamen sabios y éstos se llamen grandes; las unidades de medida para apreciarlos son la razón y la experiencia; ellas nos dirán si esa magnitud es real ó fantástica y si esa sabiduría es pedantesca ó sólida.

Advertid, señores, primeramente que la teoría de la evolución materialista que odia la retórica, abusa de las metáforas y del exceso de color, disponiéndolo todo poéticamente y hábilmente para que no se distingan bien, la tesis y la hipótesis, lo cierto y lo dudoso, lo falso y lo verdadero, los hechos y los comentarios. Porque, señores: ¿Quién puede negar que hay evolución en el mundo; que hubo condensaciones en la nebulosa primitiva, como hoy las hay en el firmamento?; ¿quién puede negar que de una simple célula sale una planta gigantesca como el *baobab* del Africa, ó un animal como el elefante de la India, ó la ballena de los mares polares ó el *Homo sapiens* de Linneo, que domina la tierra?—La teoría de la evolución tiene datos buenos y preciosos; las que no son preciosas ni buenas son sus perversas intenciones, su falta de lógica y su forzada y contra-hecha interpretación de la realidad. Me acuerdo, á este propósito, de unas palabras de Galileo: «hay hombres, decía, que primeramente graban en su cerebro la conclusión de un silogismo, sin haber examinado las premisas; y no hay poder humano capaz de arrancarles la conclusión». Pues bien, los idólatras de la materia y de la fuerza grabaron en su cerebro las conclusiones de la evolución materialista, á saber: «la explicación mecánica de todos los

fenómenos del mundo» y la teoría de la «descendencia del hombre», recusando la intervención de otra fuerza cualquiera que no sea mecánica y material; y sin haber examinado las premisas tienden su red de platino, en la cual van encajando todos los hechos del orden físico, vital, psicológico y humano. ¿Las premisas? ¡Ah! No buscan el origen de la materia, porque les conviene que no le haya; no les importa que exista el orden con leyes sapientísimas; pero tratan de explicarle, admitiendo que las leyes se dan sin Legislador. Y ellos, que odian la metafísica, han inventado una para su uso, más intolerable que la metafísica de las *Súmulas*; porque metafísica es la *substancia* que domina al éter y á la materia ponderable y de la cual sale la vida, y de la vida la sensación, y de la sensación el instinto, y del instinto la razón y la libertad: metafísicos son los atributos misteriosos de la eterna substancia con sus eternas leyes «que siendo ciegas producen obras inteligentes, que siendo fatales lo preven todo, que siendo fortuitas crean el orden y la armonía, y siendo brutales é insensibles crean el arte, la ciencia, el amor, el genio, el heroísmo y la santidad y todas las maravillas del mundo» (1).—Metafísico es el me-

(1) De un autor citado por el P. Monsabré.

canismo universal con que se anulan la libertad y la moral del hombre y el valor de la persona, y se injuria á la razón humana, negándola el poder discurrir de otra manera que no sea materialista; que para demoler la Religión, habiéndola desfigurado, convierte la ciencia en filosofía y trueca su filosofía en esa Religión de lo bello, lo verdadero y lo bueno, tres divinidades idolátricas que penden como dorados frutos de esos árboles que llaman *genealógicos* y cuya existencia fué la misma que la existencia del caballo de Roldán.

III

¡Palabras, palabras!, que dijo el poeta. Hoy es un procedimiento cómodo en la falsa ciencia moderna; se explica lo que no se entiende por aquello que es desconocido; así se explica la desconocida gravitación universal, por la atracción, desconocida también; las combinaciones químicas misteriosas, por las misteriosas afinidades químicas; los fenómenos incógnitos vitales, por las incógnitas propiedades de la materia organizada; y la inefable materia organizada, por la idea inefable de evolución.—Porque, señores, ¿quién de vosotros ha entendido las definiciones de la evolución? La clásica de Spencer, que supone que hubo homogeneidad absoluta (lo cual es falsísimo), es inefablemente confusa y vaga, porque «la integración de la materia» se presta á muchos y diferentes sentidos, y las palabras «disipación del movimiento» son incorrectas é impropias. Lo único que de ella se deduce es que la evolución no es un agente, ni un factor, ni un principio, ni una causa; sino un camino, una vía, un proceso, un

tránsito de lo simple á lo compuesto, de lo imperfecto á lo perfecto; mejor dicho, una palabra sonora á la cual se atribuyen todas las maravillas del mundo orgánico é inorgánico, sin que nada pruebe de nada, aun ayudándola con esas otras palabras vacías que se la han unido. después; adaptación, selección natural y lucha por la existencia.

Y ved, señores, cómo en frente de esa hipótesis, ó esa palabra, se levantan hoy otras palabras y otras hipótesis. «Los fenómenos del mundo, dice un sabio moderno, no se explican por la evolución, sino por la *disolución* ó tránsito de lo heterogéneo á lo homogéneo, de lo perfecto á lo imperfecto, de lo compuesto á lo simple. Nada más frecuente que ver en todo la disolución, las regresiones y las pérdidas; en los astros que envejecen, en la energía que se degrada, en el trabajo que rinde, en los dolores que matan: disoluciones orgánicas, fisiológicas, reproductoras, intelectuales, morales y sociales» (1).

De la evolución monística, que tiene la pretensión de ser la reguladora de todas las ciencias de la vida, os diré, señores, que no tiene nada, absolutamente nada de científica. No es científico su pro-

(1) *La dissolution opposée à l'évolution*, por Andrés Lande, París, 1889.

cedimiento, porque para explicar los fenómenos del mundo, ha utilizado las analogías falsas y los datos aparentes de la morfología y fisiología generales, y sin sujetar los hechos á la observación y á la experiencia, sin aislar los fenómenos, variando las circunstancias en que se producen para ver sus condiciones todas, ha establecido su unión ideal, y por inducciones ilegítimas ha formulado leyes, que son tan quiméricas como los datos.—No es experimental, porque en el mundo de los fenómenos observables de la materia y del espíritu, nadie ha visto ni verá jamás esa eterna sustancia, infinita é indestructible, ni la eterna é infinita energía, hoy destruida por el radio. ¿Quién lo duda, señores? Sin acudir á las razones filosóficas con que se demuestra que el universo no es ni puede ser infinito, ni eterna la materia, ni eterno el movimiento; sin acudir á la experiencia cotidiana que nos dicen lo contrario de lo que aseguran «esos teólogos insoportables» (1) del monismo trascendente, como los llama un sabio moderno, basta saber, señores, que la ciencia moderna, según la expresión de los modernos físicos, ha disipado todas ilusiones materialistas; porque la ciencia actual proclama por la ley de la *entropia*

(1) Bernard Brunes, *La Dégradation de l'énergie*, París, 1908, pág. 38 .

de Clausius, Hirn, etc., que la energía vibratoria aumenta sin cesar á expensas de la energía visible, lo cual quiere decir que ésta tiene un límite de que no pasará; y con el descubrimiento del radio, asegura que «la materia está destinada á envejecer y á morir, *dicen ellos*; que la energía, no sólo es destructible, porque se gasta sin cesar, sino que tiende á desaparecer como la materia misma, que es una forma de aquélla (1). Luego, *según el lenguaje científico*, la ley de la eterna substancia, incompatible ya con la ley de la inercia, incompatible con el equilibrio primitivo de los átomos ó electrones ó iones, porque aun allí tendríamos que llegar á la ruptura del equilibrio, al campo *gravitatorio*, al impulso inicial dado por una mano soberana, la misma que «lanzó á los planetas sobre la tangente de sus órbitas», no es una ley, sino una leyenda, digna de los tiempos mitológicos. Para creer en ella, dice un pensador, que no es cristiano, «necesitan buena dosis de candidez infantil (2) ó de odio satánico al creador del mundo.

Sólo falta que examinar el otro punto de apoyo de la evolución materialista, á saber: «el juego in-

(1) Gustave Le Bon: *L'évolution de la Matière*, París, 1908.

(2) M. Fouillée: *L'enseignement au point de vue naturel*, pág. 277.

finito de las energías mecánicas elementales del universo, incompatibles con la doctrina sobrenatural» (1). Pero el mecanismo está desacreditado en la ciencia, en el orden físico y en el orden de la vida; en el orden físico, porque si algo sabemos de la causa de la gravitación es que no está engendrada por ningún movimiento conocido de la materia, ni siquiera por el éter invisible; que las leyes de los gases, el calor, la electricidad y la luz no pueden explicarse totalmente por la sola combinación de la materia y la energía; y, por último, si la teoría mecánica fuese verdadera, la atracción por el choque de los átomos ó electrones debería ser proporcional á la superficie y no á la masa de los cuerpos, lo cual es falsísimo (2). De donde resulta, para no cansaros con más pruebas, que la teoría mecánica aplicada al mundo material ha perdido su crédito en la ciencia, gracias á los trabajos de los sabios más eminentes. Poincaré la declara incompatible con la Termodinámica, y otro sabio de Burdeos dice, parodiando á Pascal: «en la doctrina mecanicista todo es ridículo, porque todo es inútil, incierto y dudoso».

(1) W. Nicati: *Revue Scientifique*, de París, 21 de Diciembre de 1895, y *Philosophie de la Mécanique*, de Edouard Pellis, París, 1899.

(2) Vid.: *Revue générale*, Enero de 1897.

IV

Señores, voy á terminar, sin detenerme en la refutación del mecanicismo aplicado á las ciencias biológicas, porque de él hablaremos en las conferencias restantes. Me contentaré, por hoy, con reproducir las afirmaciones de los partidarios de la evolución atea. «Es irracional, vienen á decir, extracientífico, absurdo, antropomórfico, decir que hubo creación, y que la causa creadora del mundo está fuera del mundo, y que tiene los caracteres de una persona inteligente que haya dispuesto los elementos de un organismo para un fin, y á todos los organismos para otro fin más amplio, comprensivo y general; no, la tierra no se ha hecho para que sea morada del hombre ni de nadie; los animales y las plantas no han nacido para ayudar ó servir de algo; el Sol alumbra y calienta porque calienta y alumbra; el Universo todo se ha construido por sí, es su fin y su principio, por virtud de la evolución. Todo

cuanto digáis son ideas *á priori*.»—Y nosotros podemos contestarles: «¡estáis equivocados! Nuestro método es científico y racional, porque se apoya en la razón y la experiencia. Cuando las causas materiales no bastan á explicar los fenómenos, acudimos á otras causas tan reales como las primeras, llámen-se como se llamen, Dios, alma ó espíritu. Pero nuestro Dios no es el que vosotros pintáis, repitiendo una calumnia viejísima de Celso. Os bastaría saber un poco de catecismo. Es un Dios personal, porque si no es personal, no es nada. Pero nosotros le atribuimos las perfecciones de las criaturas en grado eminente, no material y grosero, como vosotros decís.—Vosotros sí que sois *antropomórficos*, porque atribuíis á la substancia eterna todos los caracteres humanos y divinos, y en psicología comparada otorgáis á los animales, «como las viejas solteronas á los suyos domésticos, vuestros propios sentimientos é ideas propias» (1). ¡Vuestras ideas! Todas son ideas *á priori* que debe rechazar toda ciencia honrada y digna: *á priori*, la identidad del mundo inorgánico y orgánico, de la vida, la materia y la fuerza; *á priori*, la generación espontánea en los tiempos primitivos, la negación rotunda de la libertad y del alma mis-

(1) Bonniot.

ma; *á priori*, la descendencia del hombre de una forma inferior, la evolución de los seres por una fuerza incógnita considerada como factor del mecanismo integral del universo, el orden sin leyes, las leyes sin Legislador, el caos y la nada produciendo las maravillas del mundo, desde las combinaciones estupendas de los electrones invisibles, al concierto de los astros y visibles armonías del amor, la libertad, el pensamiento y la vida; *á priori*, el que la materia se haya organizado y ordenado por cuenta propia, dándose á sí misma leyes sabias, inmutables, porque este es el prodigio de los prodigios y el milagro de los milagros, y vosotros no admitis ninguno; *á priori*, vuestra única invocación al *Acaso*, que es el Dios de los tontos, como dijo Federico II de Prusia; *á priori*, todo lo que habéis inventado para ayuda de la evolución; la adaptación al medio, que no es factor de nada, ni causa de nada; la lucha por la vida, que no es cierta como vosotros la entendéis; la selección sexual, ya enterrada por la ciencia; la selección natural, reducida hoy al papel de *eficacia negativa*; *á priori* vuestras explicaciones todas del origen de las especies, porque ni «la interior aptitud orgánica», ni «el ejercicio de la función», ni «la variación interna», ni «la selección germinal», ni «el esfuerzo de la vida», ni «el organicismo», ni

«las apariciones bruscas» ó lentas, ni la *segregación*, ni la ortogénesis, últimas hipótesis de la ciencia actual... pueden satisfacer á la razón humana, ni sustituir racionalmente á la doctrina de la creación justificable, como afirmó el mismo Huxley (1), ó á ese Poder sin límites, invocado por el mismo Spencer (2), ¡á esa Fuerza infinita, en cuya presencia estamos y de la cual proceden todas las cosas!

¡Ah! Señores; si el árbol se conoce por sus frutos y al hombre por sus obras, por lo que hace, habla ó escribe; si los movimientos regulares de un ejército, al decir de Napoleón, que lo sabía muy bien, suponen el mando de un general en jefe; si todo orden supone un fin, todo fin una intención, toda intención una conciencia y toda conciencia una persona, síguese que el orden y las maravillas del Universo delatan la existencia de un Dios personal.

Luego la evolución materialista y atea «no puede abrasar como un incendio el templo de Dios», ni apagar siquiera una luz de tantas como alumbran y cantan su gloria. Los dioses materialistas idolátricos, esos sí que nacieron muertos y nadie será capaz

(1) Citado por el P. Gemelli en su última y reciente obra *L'enigma della vita*, p. 126, Firenze, 1910.

(2) *Principes de sociologie*, trad. de Cazelles et Gerschel.

de darles la vida. Pero, señores, hay que decir la verdad: la corrupción de esos muertos vicia la atmósfera que respiramos. ¡Procurad evitarla vosotros con la higiene de la fe católica y la ciencia verdadera!

TERCERA CONFERENCIA

LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA Y LA VIDA.—LA VIDA Y SUS ORÍGENES.—AFIRMACIONES Y ESFUERZOS ÚLTIMOS DE LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA PARA UNIR EL MUNDO INORGÁNICO Y EL ORGÁNICO.—REMEDIOS DE LA VIDA.—LA QUÍMICA BIOLÓGICA.—EL MECANICISMO.—NEO-VITALISMO ACTUAL.



EXCMO. Sr. (1):

Señores: La evolución materialista y atea, no sólo pretende excluir el nombre de Dios, invocado por los genios más grandes de la humanidad, del mundo de la materia, del concierto de los astros y las armonías del universo, de la sencillez de sus causas y la regularidad de sus leyes; sino que considerándose triunfadora de esos vastísimos dominios que al cabo son materiales, con sacrílega intención quiere arrojarle también del santuario de la vida, porque en ese santuario se manifiestan mejor que en parte alguna, su infinito Poder y su Sabiduría sin límites, en las funciones y en la estructura de cualquier organismo. «El mérito de la evolución (2) consiste en eliminar las causas sobrenaturales; y aunque

(1) El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

(2) Vid. *Les Théories de L'Evolution*, por Ives Delage y Goldsmith, París, 1909; y *L'Evolution des Forces*, por Gustavo Le Bon, París, 1908.



la doctrina mecánica es insegura é incapaz de decirnos lo que es la vida, no obstante, el sabio debe huir de aquellas explicaciones y rechazar toda Inteligencia directora. Ciertó es que la sonda es muy corta todavía para llegar al fondo del abismo.»

Yo no me explico que pueda haber hombres ateos, observando de cerca la criatura orgánica más humilde y microscópica; y á los que se admiran y pasman de la soberana grandeza de los sistemas estelares y planetarios, yo les diría con Flammarión: «vale más que todos ellos juntos un solo nido de ruiseñores.» ¿Por qué? Porque allí se siente la inercia y aquí se siente la vida.

¿Quién no admira la vida que derrama sus ánforas en todos los climas y latitudes, continentes y mares, en las aguas, en la tierra y en la atmósfera, y se perpetúa á través de los siglos y se dilata y extiende en alegre y bulliciosa primavera por la escala del mundo vegetal y animal, lleno de infinitas bellezas é inefables encantos; y á cuyo impulso sube la savia, palpita el corazón, fulgura la idea, conforme todo á leyes sapientísimas que apenas sabemos rastrear?

Pero, señores; el hombre no vió encender la primera llama de la vida; ningún hombre pudo asistir á la formación del primer protoplasma ó la primera

célula. Sólo sabemos que la vida apareció en el mundo; que esa corriente, ese impulso ó esfuerzo que se nota en el germen que asimila, crece y se divide, y da origen á millares de seres, cuya cantidad de materia es mucho más grande que la suya y la remueva sin cesar, tiende á conservarla y perpetuarla mediante la ley de la herencia, también llena de arcanos, que desafían el poder de tantos investigadores experimentales que no han logrado ni lograrán jamás penetrar en el templo donde la vida mora, ni levantar el sagrado velo con que oculta á los ojos concupiscentes, su esencia recatada y misteriosa; porque antes de llegar allí, se alza el muro infranqueable de sus principios, más consistente que las murallas de Jericó, que no podrán derribar jamás los sonidos inarmónicos de las trompetas materialistas.

Como oísteis en la Conferencia anterior, los partidarios de la materia y la fuerza no consienten que se traspasen los límites de la experiencia, y nos arguyen de este modo ante ese primer misterio de la aparición de la vida: «la creación que vosotros admitis, no es científica porque no es experimental; supone la existencia de una divina Persona y eso es *antropomorfismo*». Y respondíamos nosotros: si la razón humana no renuncia á discurrir para siempre,

cuando para resolver un problema como el problema de la vida, son insuficientes las causas segundas, debe acudir á la causa primera, llámese como se llame, pero, desde luego, personal, porque si no es personal no es nada. Este es un procedimiento más legítimo y más científico que el vuestro. Veámoslo; vosotros que aborrecéis la Metafísica, admitis una substancia eterna, metafísica y antropomórfica, destruída por el radio y que no puede compararse á nuestro Dios personal, cuyos atributos son notorios en sus obras; y vosotros, que no queréis traspasar las fronteras de la experiencia, las traspasáis como nadie, según indica vuestro credo, reducido á estas tres proposiciones: 1.^a, la aparición de la vida en el seno de la materia inorgánica por virtud de leyes físico-químicas; y esto no es experimental; 2.^a, la afirmación de que todo vive en el mundo, lo cual no es científico; y 3.^a, la identidad de todas las fuerzas mecánicas y vitales, del reino orgánico é inorgánico, cuyos fenómenos y manifestaciones queréis explicar por el mecanicismo; lo cual es eludir la ciencia, la experiencia y el sentido común. Vamos á demostrarlo.

Señores:

Dos hechos indiscutibles hay en la Ciencia: el primero, que hubo un tiempo en que la vida no existió en la superficie terrestre, y el segundo, que hubo un instante en que apareció la vida. ¿Cómo? Ved aquí el problema. Sin pruebas de ningún género, porque no las hay, ó confundiéndola con sus manifestaciones, los partidarios de la evolución dan el problema por resuelto ó lo admiten como un postulado científico, es decir, por no creer en Dios. Spencer, como sabéis, cree en la transformación paralela y doble de la energía y la materia, en el tránsito de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo indefinido á lo concreto; y ¡pasmaos!, así como de la primitiva nebulosa salió el sistema solar (dicen los partidarios de la evolución), de igual manera y por las mismas leyes (como si fueran cosas idénticas), cuando en la tierra hubo condiciones físico-

químicas á propósito, se formó el primer protoplasma ó se formaron los primeros protoplasmas, de los cuales, por evoluciones sucesivas y en líneas divergentes nacieron todos los organismos.

Pero llegó la Ciencia con su luz, y á su luz se vieron otros dos hechos innegables; primero, que la evolución de lo sencillo á lo compuesto, de lo imperfecto á lo perfecto, está ahogada, con mano de piedra, en los terrenos precámbricos, en las mismas puertas de la vida; porque allí se ven seres complicadísimos en estructura, sin precedente alguno, cuando la teoría exige otros seres de extrema simplicidad.—El segundo hecho es: que no se da, ni puede darse, ni pudo darse, la aparición de la vida por virtud de fuerzas físico-químicas solamente. He dicho que no pudo darse, porque, señores, la afirmación de algunos célebres apologistas católicos, de que Dios pudo crear la materia en condiciones especialísimas para que la vida se revelase, me parece cándida. Dios pudo y puede hacer muchas cosas; contando con su poder infinito ningún racional posible podemos negar. Pero aquí no se trata de lo que Dios pudo hacer, sino de lo que son capaces, por sí solas, las fuerzas físico-químicas, y por inducción legítima de la ciencia experimental, decimos: de esas fuerzas no pudo salir la

vida, como no sale hoy de ellas, porque el efecto no es superior á la causa y porque nadie da lo que no tiene.

¿Y sabéis lo que dicen los idólatras de la evolución? Al primer reparo contestan: «que el mundo precámbrico es ya muy viejo; quizá haya que buscar los primeros simplicísimos organismos en los polos ó en sus cercanías; porque allí los antiguos sedimentos pudieron sustraerse en parte al metamorfismo de la tierra, gracias á su rápida incorporación á los continentes ó á la ausencia de una espesa capa de los modernos depósitos (1)». Espere-mos, pues, á que los futuros exploradores del Polo Norte ó Sur nos revelen el misterio, sin odios mu-tuos, como los que hemos visto, y con pruebas fe-hacientes que no se han dado todavía.—Al segundo reparo contestan: «que aun no se han descubierto las fuerzas y leyes materiales, y, por tanto, no se puede decir si se dará ó no la generación espontá-nea». Y esto, señores, como véis, no es ciencia ex-perimental.

Enterrada por la ciencia (y bien enterrada está) la generación espontánea, en la cual no creen sus

(1) *Les transformations du monde animal*, por Charles De-péret, París, 1907.

mismos partidarios, excepto algunos autores de libros franceses y españoles que aún hablan del *Bathybius* y el *Eozoon Canadense*!, ved los procedimientos poco honrados que usaron y usan los ateos. ¿Suena mal en la ciencia porque sería ridículo, el nombre de generación espontánea? Pues vamos á darle el nombre de *Archigonia*, para que no se *entere* la muchedumbre, aunque su significado es igual; y el desaprensivo autor alemán del monismo trascendente crea el *Reino de los Protistas*, compuesto de seres de simplicísimas substancias que se resuelven en átomos, los cuales átomos gozan de memoria que pierden sin saber por qué al unirse para formar las moléculas, y vuelven á recuperarla en las *plastídulas*, que son «espíritus elementales (de las células) que reemplazan hoy á los semidioses griegos del Olimpo, á las ninfas y náyades, á las driadas y oréadas que animaban las fuentes y los ríos, y poblaban las montañas y los bosques (1)». Mas ¡ay! el poder revelador de los nuevos objetivos

(1) E. Hæckel: *Essais de Psychologie cellulaire*, París, 1880, y *Le Règne des Protistes*, París, 1879. Félix Le Dantec en su obra *Le déterminisme biologique et la pensée consciente*, París, 1897, dice que «los átomos tienen conciencia fija é inmutable para una especie determinada, que las *conciencias atómicas* se unen en la molécula y las *conciencias moleculares* en la substancia de las *plastidas*».

microscópicos, desvaneció la simplicidad de tales sustancias, cuya vida duró mucho menos que la poesía de los dioses griegos del Olimpo.

¿Qué importa? Con negar que la célula es la unidad elemental viviente y afirmando que entre ella y la materia inorgánica hay formas intermedias numerosísimas, á las cuales podemos dar los nombres de «micelas, plástidas, bióforos, idioblastos»... y considerándolas como verdaderas unidades elementales, habremos logrado echar el puente sobre el abismo del mundo orgánico é inorgánico y demostrado la continuidad de ambos reinos. ¡Nueva desilusión! La ciencia derriba el puente misterioso, porque hace ver que esas sustancias son fantásticas y ridículas, y que en la unidad organizada más sencilla, en el protoplasma más rudimentario hay complicadísima estructura, y que jamás falta, si no es temporalmente, otro prodigio de composición: el núcleo.—¿Qué hacer en este trance apuradísimo? Pues asegurar que todo vive en el mundo, la piedra como la planta, el animal como el hombre. Ya hemos oído que los átomos tienen memoria»; pues sabed que «toda materia es una forma del espíritu y todo espíritu una forma de la materia; que la inercia es una fábula; que las moléculas químicas sufren metamorfosis», que «las barras de ni-

quel se alargan y contraen con el frío y el calor, lo cual prueba que hay desplazamientos moleculares y que están vivificadas» (1); «¿no habéis notado la sensibilidad del metal ante la acción eléctrica y la analogía entre las formas orgánicas y los cuerpos geométricos llamados cristales? (2)».

¡Ah!, señores; si esto no fuera irrisorio en la ciencia y necesitase refutación, yo diría que entre unos y otros elementos, unos y otros fenómenos, hay más distancia que de la tierra al cielo, de un corazón que late á una piedra que voltea arrastrada por las aguas; porque refiriéndonos á lo último, que parece lo capital, la orientación variable de las moléculas orgánicas, es diferente de la invariable en las cristalinas; que la atmósfera acuosa que rodea á las primeras y cuyo poder está en razón inversa de sus diámetros y volumen, no se ve en las segundas;

(1) M. Guillaume. Vid. *Revue Scientifique*, de París, 3 de Febrero de 1900.

(2) Vid. N. Tchermak, *La estructura de la substancia viva*, (en ruso) 1895; Schiaparelli, *Studio comparativo tra le forme organiche naturali e la forme geometriche pure*, Milano, 1898; A. Andrés, *La interpretazione meccanica della vitta*; León Herrera, *Essais de philosophie botanique*, 1900; Von Schron publicó también un trabajo sobre el mismo asunto en 1897; también hablaron de él Vignoli y Pilo, Wervorn y otros. En contra de esas teorías absurdas pueden leerse con fruto *I limiti del Determinismo scientifico*, del Dr. Igino Petrone, Módena, 1900, y la *Fisiologia dell'uomo*, de Renzone, Napoli, 1889.

que las moléculas químicas pierden, al combinarse, sus caracteres propios, y las orgánicas, no; que el crecimiento cristalino es superficial y externo, y el orgánico interno y profundo; que la perpetua instabilidad, la renovación constante, la acumulación de fuerzas de tensión, el tiempo y la talla limitados, la preexistencia de un germen, la asociación celular, la división del trabajo de la vida, la potencia asimiladora y reproductora y otras muchas que no cito, son propiedades que no se ven en el cristal que no segrega, ni digiere, ni asimila, ni vive.

II

«Todas las fuerzas físico-químicas juntas son incapaces de dar origen á la menor energía vital» (1), que está fuera de los cálculos del sabio. Pero los sabios materialistas han hecho recientemente esfuerzos grandísimos por demostrar que la vida y la estructura orgánica pueden crearse con los recursos de la ciencia y el poder revelador de los nuevos métodos. Como me dirijo á vosotros, ilustrados oyentes, vais á permitirme que los exponga con rapidez. Un experimentador (2) hizo obrar las emisiones del radio en la gelatina de carne, y halló, al poco tiempo, multitud de bacterias ó cuerpecitos elementales. ¡Ya estaba creada la vida!, si el ilustre

(1) A. Martel *L'évolution souterraine*, París, 1908.

(2) Burke y Butler; Littlefield operó con una mezcla de cloruro de sodio, alcohol y amoniaco.

Ramsay no demostrara que aquellas bacterias no eran tales bacterias, sino alteraciones químicas producidas por la acción del radio, que descompone el agua gelatinosa en oxígeno é hidrógeno y coagula la solución de albúmina.—Otro (1) descubre los célebres *radiobos*; pero pronto se descubre también que los radiobos eran un precipitado de sulfato de barita.—Otros fabrican células musgosas (2), y obtienen, con diversas soluciones, hasta 500 estructuras y plantas artificiales; pero esas plantas no respiran, ni digieren ni ejercen siquiera la función clorofilica. Si añadimos á estas falsificaciones de la vida, «á estos experimentos de burla», como los llama un sabio, las nuevas teorías para explicarlas, fundadas en la ósmosis (3), en la física molecular, en la electro-dinámica, y, por último, en el estado coloidal de la materia, en las sustancias coloides

(1) Budge.

(2) El primero fué D'Ascherson y después continuaron su método Quinke, Loeb, Herrera, Rafael Dubois, Le Duc, Butschli, Bastian, Benedikt, etc. Mezclas de aceite y materia jabonosa; soluciones de silicato de sodio, fosfato amónico, ácido fosfórico diluido y agua destilada; mezclas de silicato de sodio y alcohol; de ferrocianuro de potasio y agua azucarada, etc., fueron la base de los experimentos.

(3) Kassowit. Otra teoría de la vida se apoya en las fermentaciones (teoría de Hoppe-Seyler); otros invocan el *tropismo*, *quimiotactismo*, etc.

naturales de que son un remedo artificial los fermentos metálicos que vosotros, médicos ilustres, aplicáis hoy, con gran resultado, á las pneumonías, tendréis una idea de los esfuerzos generosos, aunque inútiles, que se han hecho por explicar ó remedar la vida: inútiles, porque de la última, que es la importante, la que está de moda, os diré que las substancias coloides son auxiliares secundarios de la vida, como tantos otros, y nada más.—¿Quiere esto decir que en el templo de la vida orgánica no haya fuerzas fisico-químicas (1), difusiones gaseosas, capilaridad, elasticidad, fenómenos lumínicos y eléctricos, y que es inútil el estudio de las substancias coloides, de la presión osmótica, la tensión de los vapores, la viscosidad, el equilibrio químico, la disociación electro-lítica, la conductibilidad eléctrica en los nervios, la energía química trocada en mecánica en los músculos, y la electro-química en el protoplasma vivo? No, señores; lo que yo quiero decir contra los sabios de la evolución que quieren identificar el mundo orgánico é inorgánico, es lo siguiente: os concedo que hay los mismos elemen-

(1) Como el lector comprenderá, muchas palabras que van en el texto no se pronunciaron en el púlpito de la Iglesia de San Gínés.

tos en la materia mineral que en la organizada; pero como los efectos son distintos, síguese que son diferentes las energías que obran en unos y otros.— Todo eso es la superficie y la cáscara de la vida y «disertar sobre los fenómenos vitales, dice un sabio ateo, cuando no sabemos por qué cae la piedra lanzada á lo alto, es un sueño que debe dejarse al placer de los metafísicos» (1); y claro es, el filósofo metafísico que sabe ya lo que fabrica la Naturaleza y los remedos de los laboratorios, se encara con los sabios materialistas, y les dice, con razón: á pesar de vuestros estudios, no sabéis lo que es la vida, ni sabéis remedarla y mucho menos explicarla.

No sabéis lo que es la vida; porque abro vuestros libros y leo, «lo mejor será decir que el protoplasma es un cuerpo inorgánico que goza de propiedades especiales en su composición» (2); «lo mejor será admitir que estas propiedades son de orden físico-químico, procedentes quizá del carbono, y sobre todo, de la semifluidéz é inestabilidad de los compuestos carbonados albuminoides» (3), que es, señores, precisamente lo que había que demostrar.

(1) Gustavo Le Bon, *L'évolution des Forces*, París, 1908.

(2) Topinard, *Science et Foi. — L'Antropologie et la Science Sociale*, París. 1900.

(3) Hæckel *Histoire*, etc.; Conf. 13.^a

«La diferencia entre la materia organizada é inorgánica debe de estar, dicen otros (1), en que los elementos de aquélla se adaptan á un fin armónico, y los de ésta no, ó en la facultad asimiladora de la primera, que no se ve en la segunda, ó en que los átomos de la molécula de albúmina viviente se agitan sin cesar y tienen el radical cianógeno, ó quizá en la tensión superficial de los tejidos» (2), «ó en la escala coloide, en la victoria del protoplasma *orquestal* sobre los demás ritmos de las otras substancias» (3). Como veis, señores, aquí se nombra á la música, y nada cabe decir á esos filósofos superficiales que hablan de la tensión superficial de los tejidos para explicar la vida que es realidad profunda.

Tampoco saben remedarla: «el día en que aparezca un sabio que obtenga una sola partícula de substancia viviente, será igual al creador y más fuerte que el universo entero (4), porque no le costará más crear una célula que un elefante, que se compone de trillones de ellas.» ¿Por qué no lo con-

(1) W. Conn. *Nociones de Biología*, trad. Soler, 1901.

(2) Pflüger.

(3) Le Dantec. *Del hombre á la ciencia*.

(4) Marqués de Nadaillac, *Rerue des quæstions scientifiques*, Julio de 1896, y Gustavo Le Bon, *L'évolution des Forces*, París, 1908.

siguen? Seguramente que no es por lo que dicen ellos, á saber: «porque el protoplasma está saturado de la herencia de millares de siglos y que es imposible repetir ni remedar la herencia (1).» No, señores; porque si todo es materia y movimiento, como sabemos que esa materia se renueva á cada instante, no hay ni puede haber herencia alguna en esas partículas misteriosas.—Tampoco será por falta de medios, porque los sabios materialistas cuentan hoy con una multitud de palabras, con otra multitud de hipótesis peregrinas, con aparatos de la física cada vez más perfectos, con reactivos *sensibles*, colorantes y selectores y con los infinitos recursos admirables de la ciencia moderna...; y sin embargo, ahí está su obra, en esos remedos ultra-ridículos que la Ciencia disipó. Se proponen fabricar un edificio cuya naturaleza desconocen en absoluto, pues no saben aún el origen y formación de los hidratos de carbono en el vegetal, menos el origen y formación de los albuminoides, base primordial de la vida orgánica; ni las funciones de los cloroblastos, ni siquiera saben cómo se unen las sustancias minerales á las sustancias últimas (albuminoides), y claro es, deseando imitar el principio activo de la vida

(1) Gastón Bonnier, *Le Monde végétale*, París, 1907.

verdad poder explicarla, sólo consiguieron imitar la muerte, sin explicarla tampoco. Y tened por seguro que si algún sabio venidero llega á obtener por síntesis las sustancias protéicas, los albuminoides y aun el protoplasma celular, esas albúminas serán albúminas muertas y protoplasmas muertos.

III

Señores: La Química biológica obtiene hoy una multitud de sustancias (1), y estudia una multitud de fenómenos que llama vitales, pero que no lo son propiamente. No lo son, porque lo que estudia la Química son los efectos de esos fenómenos, su parte más superficial y externa, los elementos materiales integrantes de los cuerpos vivos, los cambios que sufren y el mecanismo á que se someten algunos; pero la vida como tal, sus propiedades más profundas y características, no, de ninguna manera.

En segundo lugar, los edificios químicos que fabrican las células más humildes, comprenden no solamente lo que hacen los Químicos en sus Laboratorios (2), sino otras muchas sustancias admirables

(1) El azúcar, la celulosa, la dextrina, etc.

(2) Gustavo Le Bon, *L'évolution des Forces*, París, 1908; la oxidación, reducción, eterificación, polimerización, etcétera, etc.

de que los sabios no tienen idea remota (1); y lo hacen (podemos decir á esos sabios), de un modo distinto que vosotros, más sencillamente, más rápidamente que vosotros. Observad cómo saben descomponer los cuerpos más estables, como el cloruro de sodio, extraer el ázoe de las sales amoniaca-les, el fósforo de los fosfatos; cómo fabrican la urea, no con el cianato, sino con el carbonato de amonio que vosotros no sabéis; y todas estas operaciones son tan precisas, tan admirables, tan adoptadas á su fin y tan bien dirigidas á él, que las fuerzas que lo ejecutan, dice un sabio ateo (2): «parece que tienen clarividencia muy superior á la del hombre, y lo que ellas fabrican está por encima de lo que puede lograr la ciencia más adelantada. El hombre que las imitase sería como Dios.»

¡Ah, señores! Si yo fuese Ministro de Instrucción Pública, diría con Ciamicián á esos sabios infatua-dos con su ciencia: «Puesto que tanto sabéis y ha-cen falta economías, voy á suprimir los presupes-tos exagerados que se destinan á los Laboratorios de investigación experimental, me contento con que

(1) V. g., las exosas, los albuminoides y albúminas, el almidón, la clorofila, lucóproteidos, núcleoproteidos, le-citalbúminas, toxinas y antitoxinas, etc., etc.

(2) Gustavo Le Bon, ob. cit. últimamente.

vosotros, Químicos ilustres, realicéis lo que llevan á cabo las plantas más humildes (1).» Claro es, señores, que la exageración en los presupuestos para esta clase de investigaciones, no se refiere á España que los tiene escasisimos, ruines, miserables; pero les diría esas cosas para demostrarles su impotencia, para hacerles ver que el gran Laboratorio de la vida es una condenación de sus teorías mecánicas absurdas; que el organismo más sencillo utiliza resortes que desconoce la ciencia actual; que esas fuerzas que obran tantos prodigios estupendos, no son, no pueden ser reductibles á las físico-químicas, que el Filósofo podrá negarlas, pero el Fisiólogo jamás, porque las ve obrar incesantemente y de una manera que no es ciega, fatal ni mecánica, porque unas regulan los actos y otras dirigen sus formas, aquéllas velan por el funcionamiento de la máquina, y éstas la defienden de los cambios del mundo exterior y todas concurren al fin armónico y sublime del sostén de la vida (2).

(1) Citado por nuestro sabio amigo P. Gemelli, en su última obra *L'enigma della vita*, Firenze, 1910, de la cual hemos utilizado datos preciosos para esta Conferencia.

(2) Véanse, para completar estas y las ideas siguientes, nuestros *Estudios Biológicos*, 1.^a, 2.^a y 3.^a series, y en la *Revue scientifique*, de París, un artículo del Dr. Grasset (20 de Marzo de 1909).

IV

¡Si yo tuviera tiempo, con qué gusto, ilustrados oyentes, y con qué multitud de pruebas os haría ver en el mundo de la vida orgánica la condenación absoluta del mecanicismo ateo! Me contentaré con un ejemplo sólo.—Supongamos que un profesor de Embriología se halla en su cátedra ante multitud de alumnos, y después de haberles hecho ver al microscopio la célula *embrional*, «la más refractaria, la más inaccesible á las explicaciones físico-químicas» (1), el insondable misterio de donde procede toda la vida sensible, les habla de esta manera:—Ved ese óvulo fecundado que estaba oculto á los rayos de la luz solar; antes de haberle extraído del claustro materno, era un laboratorio estupendo de

(1) A Dastre.

la vida orgánica.—Prescindamos de la multitud de sustancias desconocidas que hay en él; sabemos que asimila, crece, llega á un límite, y sin saber por qué se divide en dos partes, y cada una de éstas en otras dos, y así continúa según leyes reguladoras, en progresión geométrica creciente. Poco después se ve una masa aparentemente homogénea de células en actividad, dando origen á tres regiones, que se llaman «hojas blastodérmicas». Y ¡qué actividad y qué división del trabajo de la vida! No hay pieza que quede inmóvil, ni fuerza que esté inactiva; es una república de obreros solícitos, muy diferentes de los que hoy vemos en el mundo, de todas categorías y clases, con su fin peculiar y su destino propio; unos producen, otros mueven, otros sirven de apoyo y sostén; aquéllos del hueso, llamados *osteoblastos*, son como la cantera que suministra materiales para las columnas de la fábrica, que será el esqueleto; éstos, llamados *osteoclastos*, desde trabéculas enlazadoras, absorben las sales calizas, y labran y desgastan y pulen y moldean como escultores hábiles, todos los huesos, dando á cada cual la forma y el volumen y la consistencia necesaria conforme á la posición que ha de tener y al fin que ha de llenar.—Las células del corazón, antes de mostrar las estrías características, empiezan

á contraerse; las sanguíneas, antes de modelarse definitivamente, atraen el oxígeno y forman hemoglobina, otro misterio impenetrable de la ciencia. Y así, por ese estilo, ignorado de los artistas de la tierra, trabajan todas las células restantes y todas se favorecen y ayudan y conspiran por común impulso á un fin armónico y encantador, haciendo surgir de aquellas hojas blastodérmicas, los dibujos y la escultura, los perfiles y relieves, los tejidos, órganos y aparatos, toda la trama y urdidumbre del organismo en donde palpita la vida que va elaborando su sagrado poema en el silencio y en la obscuridad del claustro materno.—Pero fijaos bien en estos detalles; los brazos y las manos se forman antes de que puedan moverse y tocar; los pies, antes de que puedan sostener el peso del cuerpo; los pulmones, antes de que puedan respirar; los oídos, antes de que vibren en ellos las ondas sonoras; la retina, antes de que la bañe la luz, y el corazón, antes de que pueda latir.—Prescindamos de otra multitud de maravillas fáciles de señalar.—Si me preguntáis ahora la causa de esos fenómenos estupendos; cómo sucede todo eso; por qué todos los elementos del embrión *miran* á lo futuro; por qué se da esa relación íntima de los procesos embrionarios y el individuo venidero; de lo presente, que es un soplo, y lo porvenir,

que no ha llegado; esas influencias soberanas, á través de la lejanía del tiempo y del espacio, que transmiten y perpetúan la vida en tipos innumerables y con semejantes caracteres, dando con precisión absoluta á cada substancia su lugar oportuno y su propia fisonomía... os diré, que hoy se habla mucho de la ley de la substancia eterna, del concurso ciego de los átomos ó electrones ó iones, de la herencia, de la selección natural, la adaptación, la ósmosis, etc.; y aunque es verdad que todas estas son palabras sonoras que no explican nada, absolutamente nada, de esas maravillas, y aunque yo sospecho que debe de haber un impulso sapientísimo que enderece esas energías sin equivocaciones ni tanteos, porque las energías materiales y mecánicas no pueden dilatar su esfera de acción más allá de los límites impuestos por el tiempo presente; aunque sospecho que debe de haber una mano que dirija esos concertados prodigios, esas leyes sapientísimas, y unos ojos clavados en lo porvenir, una inteligencia que todo lo agrupa y ordene..., sin embargo, como yo soy mecanicista, os digo que nada sé, porque admitir esa inteligencia ó lo que sea, es *antropomorfismo*!

¡Ah! Señores, ¡cuánto más que este embriólogo y todos los de su casta sabía aquella excelsa Madre

de los Macabeos (1), cuando en presencia del tirano Antioco, con voz robusta y varonil, exhortaba á sus hijos á morir por su Dios y por su Patria diciéndoles: «¡Hijos míos! Yo no sé cómo aparecísteis en mis entrañas; lo que sé es que yo no os dí el alma y la vida, ni modelé los órganos de vuestro cuerpo, sino el Creador del mundo que formó al hombre en su origen y es principio de todas las cosas!

(1) Libro II de los Macabeos.

V

Y, señores, voy á terminar. La evolución materialista que usando procedimientos ilegítimos y (¿por qué no decirlo?) poco honrados, quiso reducir la vida á las fuerzas físico-químicas, admitiendo la generación espontánea, la identidad de los fenómenos cristalinos y vitales, remedando ridículamente las formas orgánicas, y trató de aprovecharse de la Química biológica para demostrar el mecanicismo universal, es una teoría absurda, porque hemos visto que aquellas tentativas están enterradas por la ciencia y que el mecanicismo es «la naturaleza vista por fuera, mejor dicho, el espectro de la realidad, porque cualquier fenómeno biológico le sirve de *experimentum crucis*».

Al discurrir sólo mecánicamente y al afirmar que

la sola explicación mecánica es la que satisface á la razón del hombre, injuria á la razón, mutila las aspiraciones de nuestra vida superior, como es el ansia de saber el *por qué* último de las cosas, violenta los deseos más legítimos del alma humana y trastruca el plan de las actividades del Universo, forzándole para que se acomode al sistema, atribuyendo al *Acaso* todas sus maravillas, lo cual es más grave, mucho más grave que atribuir á un imbécil la obra de la Catedral de Colonia.

Además (1), para examinar la vida *disecó* uno por uno todos los caracteres específicos del organismo, á saber: la forma, la individualidad, la espontaneidad del movimiento vital, fijándose sólo en la cantidad y no en la cualidad, que es lo importante; se limitó á determinar los equivalentes mecánicos, físicos y químicos de la vida, sin tener en cuenta que esos equivalentes no son el principio de la vida misma, sino los auxiliares secundarios; porque, señores, como dicen todos los grandes filósofos, la vida no consiste en ellos, sino en la síntesis que los organiza y vivifica; no es el resultado de sus elementos, sino su origen; porque la vida no es una

(1) Vid. P. Gemelli, ob. cit.

materia, sino una forma; no es una suma ó un producto, sino un fin, una substancia que realiza las condiciones del sér orgánico, el origen de la acción, del movimiento espontáneo inmanente, local y externo ó íntimo y profundo, que crea las células, tejidos, órganos y aparatos y coordina sus funciones; que se perpetúa á través de los siglos en la tierra, en la atmósfera y en los mares, cantando mejor que los cielos estrellados, la gloria, la grandeza, el poder y la sabiduría de Aquel que encendió su primera llama como encendió los luminares del firmamento con un rayo de sus pupilas.

¡Ah! Los ateos quisieron lanzar á Dios del mundo de la materia y de la vida «acompañándole hasta la última frontera»; mas, como dijo Perrin, Dios no quiere salir de ahí, y ahí está, en ese templo santo, «que tiene por bóveda el cielo azul, por lámpara el sol, la tierra por ara y la vida y el corazón del hombre por altar» (1), ahí está recibiendo hoy las adoraciones de los grandes astrónomos y los grandes investigadores experimentales (2), hijos pródigos que volvieron á la casa paterna y dicen hoy á esos

(1) Santiago R. y Cajal.

(2) Hoy neo-vitalistas, como Driesch, Reinke, Schneider, Wolff, Benedikt, Vignon, Herbst, Hertwig, Os'wald, Fischer, Mongoniers y otros muchos.

teólogos insoportables, á esos turiferarios de la evolución materialista: «la idea de la creación es la que mejor responde á la ciencia actual; vuestro mecanicismo es impotente, vuestras negaciones son ridículas, vuestros esfuerzos inútiles. La vida supone la vida y no hay vida sin Dios...»

CUARTA CONFERENCIA

LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA Y LA INTELIGENCIA Y EL ALMA DEL HOMBRE.—PROPÓSITOS DE LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA.—ORIGEN DE LA VIDA PSÍQUICA.—ALTERACIONES DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA «INTELIGENCIA».—INSTINTOS.—QUÉ ES LA INTELIGENCIA.—PROCEDIMIENTOS POCO HONROSOS DE LOS PARTIDARIOS DE LA EVOLUCIÓN PARA «MATERIALIZAR EL ALMA».—INMORTALIDAD DEL ALMA HUMANA.



EXCMOS. Sres. (1):

Señores: La osadía de los partidarios de la evolución materialista y atea para lanzar á Dios del mundo inorgánico y orgánico, llegó á tales extremos que, no solamente utilizó el procedimiento comodísimo de negar lo que no se entiende, sino que viendo realidades evidentes expresadas en términos usuales por el lenguaje común de todos los siglos, alteró el significado de esos términos dándoles otro que no tuvieron nunca. No importa que los genios más grandes de la humanidad no lo entendieran así; los partidarios de la evolución lo quieren y hay que desterrar de las lenguas humanas y de los Diccionarios académicos las palabras *Dios, alma, vida, sensación, instinto é inteligencia*, y sustituirlas por otras palabras bárbaras inventadas á pro-

(1) El Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad y Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

pósito para engañar á la multitud y ocultar las intenciones pérfidas que en ellas pusieron sus autores. Digo intenciones pérfidas, porque ya lo dije otra vez al hablar de Darwin: creo en la sinceridad con que escribió el libro titulado *Origen de las especies*; no creo, no puedo creer jamás que se escribiese con la misma sinceridad y honradez el libro titulado *Descendencia del hombre*, y lo mismo digo de otros libros de autores diferentes.

La explicación mecánica de todos los fenómenos del mundo y la doctrina de la evolución deben triunfar; y como las facultades humanas son un muro infranqueable que se opone á esas doctrinas, hay que derribar el muro, cueste lo que cueste, para demostrar con esas palabras nuevas, y rebajando los quilates de aquellas facultades, y ponderando y exagerando hasta lo sublime las del animal, que si el delfín, perdido en la inmensidad del Océano, tiene un alma, que si el leopardo de los bosques africanos tiene un alma, y el hombre de todas las razas la tiene también, el alma del hombre no se distingue esencialmente del alma del leopardo y el delfín, como no se distinguen sus organismos, aunque difieran en grados; que el hombre es el último eslabón de la cadena animal, que desciende de una forma inferior por obra y gracia de la evolución materialista;

y la evolución materialista debe aplicar al hombre todas las consecuencias de esas doctrinas que no dejan de ser consoladoras. Oid, señores, las palabras terribles del autor alemán del Monismo trascendente (1): «La evolución gradual del hombre, á partir de los vertebrados inferiores, es el triunfo más grande de la naturaleza humana sobre toda la naturaleza, porque se ve que el hombre ha ido é irá de progreso en progreso. *Irá*; porque de esta tendencia nacerá una nueva Antropología, no como la de hoy, vana especulación metafísica, sino sólida y estable, porque se apoyará en el estudio de la Zoología comparada; y cuando la nueva Filosofía monística nos haya iniciado en el verdadero conocimiento del mundo real, entonces se verá también su influencia bienhechora en la vida práctica, porque abrirá horizontes nuevos al progreso moral, sacándonos del lamentable estado de barbarie en que nos hallamos, pese á la decantada civilización.» Notad, señores, que el autor escribe en Alemania que marcha á la cabeza del mundo científico, y Hæckel continúa así: «mas para ello es preciso que el hombre conozca su lugar en el mundo (junto al gorila ó el chimpancé) y que se conozca á sí mismo, como lo

(1) Hæckel: *Histoire*, etc., pág. 560 y siguientes.

enseña la evolución á la humanidad y á cada uno de sus miembros, no como hombre que nace libre, sino como hombre que nace animal (1) y nada más. El monismo será en aquellos tiempos la Religión natural, que dará delicadeza exquisita á las costumbres y sentimientos humanos; y entonces llegará el triunfo perpetuo de la evolución por virtud de la Filosofía monística.»

Señores: Mientras llegan esos tiempos venturosos, que no llegarán nunca á mi modo de ver, podemos ir estudiando los siguientes problemas: ¿Cuál es el origen de la vida llamada psíquica; cuál el de la inteligencia, y qué es el alma del hombre?, ¿es verdad que éste descende de una forma inferior que se ha adaptado á la vida cerebral como otros animales se adaptaron para la caza, la natación ó el vuelo? El pensamiento humano, ¿es producto evolutivo del instinto animal, ó un efecto mecánico y fisiológico?

Señores: Para mí sería más fácil demostraros con los recursos de la ciencia moderna, con los datos de la Paleontología, Anatomía, Embriología y Zoo-

(1) Así se lo decía á Alejandro Herzen su querido padre, según confiesa aquél en su obra *Le cerveau et l'activité cérébrale*. París, 1887.

logía comparadas, que el organismo humano no desciende, no puede descender de una forma inferior, padre común del hombre y los antropoideos; que las diferencias anatómicas entre éstos y aquél son innumerables, aunque los enemigos las oculten para dar relieve á las semejanzas; que el *hombre terciario*, hasta hoy es una fábula, y si llega á descubrirse, no servirá de prueba á la doctrina evolucionista; que el hombre llamado *primitivo*, no fué primitivo, sino un degenerado y bastante viejo.

Mas prefiero haceros ver la falta de escrúpulos de los partidarios de la evolución, en el estudio de la evolución intelectual del alma humana; y que ante la ciudadela del alma humana, la gruesa artillería materialista tiene el mismo poder que la vieja y roñosa espada de Bernardo.

I

Señores: Es relativamente fácil, desde las regiones ideales, formular una vasta hipótesis que abrace todas las ciencias y disciplinas, y dé explicación aparente de todos los fenómenos del mundo, de la vida, la materia, el espíritu y la sociedad entera en todas sus manifestaciones, como lo hizo Spencer al escribir sus *Primeros principios* de todo lo creado; cosmológicos, biológicos, psicológicos y sociológicos. Pero cuando el filósofo inglés se acercó á la realidad de la vida, se encontró con nuevos enigmas terribles, que le asustaron; la *sensibilidad animal* que no sabe explicar de ninguna manera, y los instintos y la libertad y la razón del hombre que explica mucho peor. Darwin dijo también, en un momento de franqueza: «inquirir el origen de las facultades mentales en los seres inferiores, ofrece tan pocas espe-

ranzas de éxito como el estudio del primer origen de la vida»; y ya visteis la profecía confirmada en la conferencia anterior. Pero, señores, estos dos profetas se olvidaron de sus anuncios, y por no quedar mal con el sistema de la evolución y con sus discípulos, que tampoco siguieron su consejo, tuvieron que hablar de esos fenómenos incognoscibles, como veréis muy pronto.

La inteligencia es la facultad característica del hombre, y por ella el hombre se llama racional. ¿Qué cabe hacer para que el hombre no quede aislado en la cadena zoológica de la cual constituye el último eslabón, y demostrar que es uno de tantos, «el más doméstico de los animales», como dice un escritor materialista? Pues definir mejor de lo que hasta ahora se ha hecho lo que se llama inteligencia, prescindiendo ú olvidando todas las nociones filosóficas para enlazar aquélla con el instinto y así comprender el origen de una y otro. Veamos, señores, dice otro escritor materialista (1), veamos, «si la inteligencia no consiste en sacar partido de lo que se sabe.» Oid: «la luz, el calor, la electricidad, son quizá los primeros delineamientos del espíritu» (2);

(1) Le Dantec: *Del hombre á la Ciencia*.

(2) A. Sabatier.

la inteligencia está repartida equitativamente en el universo todo; ya oísteis que los átomos gozan de memoria temporal; pues la razón «se halla hasta en los vegetales, aunque es un poquito obscura (1); el mismo Alberto Gaudry, tan fuerte en Paleontología, como flojo en Filosofía, habla «de la inteligencia rudimentaria que desde los tiempos zoológicos ha ido progresando hasta la época actual» (2); y Quatrefages participó también de la confusión de ideas filosóficas que invade todos los libros naturalistas. «El instinto, el hábito y las facultades más nobles proceden de la composición química del protoplasma embrional» (3); «todo se explica por las propiedades generales de la materia y el poder asociativo de los aparatos nerviosos receptores» (4), la irritabilidad de las neuronas, la centralización del sistema nervioso, de las tendencias inherentes al psicoplasma» (5); los fenómenos reflejos intelectuales ó instintivos, se encadenan mutuamente como si fueran resultado unos de otros, y cuya naturaleza

(1) León Pontet: *D'où nous venons*, París, 1902.

(2) *Essai de Paleontologie philosophique*, París, 1896.

(3) Le Dantec: *La materia orgánica y Teoría nueva de la vida*.

(4) Dr. Georges Bohn: *La naissance de l'Intelligence*, París, 1909; pág. 341 y siguientes.

(5) Hæckl: *Les énigmes*.

parece ser la misma en las manifestaciones mentales más humildes como en las más elevadas» (1); porque «si el espíritu es la facultad de escoger propio solamente de los seres capaces de sentir» (2); siguese que «la inteligencia, sensibilidad transformada, la hay en todo animal que conoce un alimento, ó el movimiento de un cuerpo, ó que evita un obstáculo ó distingue á un individuo de su especie» (3). «La ostra, viene á decir Romanes, tiene su alma en su concha bivalva, y su inteligencia respectiva es fruto de su experiencia individual.» Darwin concede, «al cuchillo una pequeña dosis de razón» y otros atribuyen á los animales rudimentos y algo más de sentido moral y deber (4), como veremos en la próxima y última conferencia.

Y sin definir lo que es el instinto tratan del problema de sus orígenes, aunque se dividen los pareceres; unos opinan que «procede de una acción refleja inconsciente» (5); pero la mayoría de los partidarios de la evolución creen que «los instintos

(1) Ed. Perrier: *Zoologie*, 1.^a parte, pág. 370.

(2) Romanes: *L'evolution mental chez les animaux*. París. 1884. *La inteligencia animal*, traducción de D. Manuel Arton. Madrid, 1886.

(3) Ed. Perrier, ob., cit.

(4) A. Sabatier.

(5) Spencer: *Principes de Psychologie*; cit.

proceden de la inteligencia» (1), que son creación de esta facultad y que se pasan de unos á otra y al revés por gradaciones imperceptibles.—Romanes, que escribió su obra, según dice en el prólogo, sólo para los transformistas, porque supuso que no había de convencer á los demás, dividió los instintos en dos clases, primarios y secundarios: «ó la selección natural aseguró la permanencia de ciertos actos, que sin ser inteligentes sirvieron en la antigüedad de algún recurso á sus autores; ó por efectos consiguientes á la costumbre, en las generaciones sucesivas, los actos primitivos que eran intelectuales quedaron grabados bajo la forma de instintos permanentes».—Señores: así se comprende «la evolución psíquica del mundo animal, merced á la lucha de los instintos nuevos con los viejos y cuyo resultado fué la memoria de asociación» (2). En suma: «los instintos son hábitos intelectuales adquiridos por adaptación al medio, fijados y transmitidos por herencia acumulada, y no difieren ni en cantidad ni en cualidad de las facultades mentales, porque tienen el mismo origen, el desarrollo gradual del sis-

(1) Perrier, Romanes, Lewes.

(2) Bohn; ob., cit., pág. 920.

tema nervioso» (1); de donde se sigue que «el espíritu animal debe ser colocado en la misma categoría que el del hombre» (2).

(1) Hæckel: *Histoire* cit., París, 1909; pág. 543 y siguientes.

(2) Romanes, ob. cit.

I

Señores: Veamos de hacer algunos reparos á esta Filosofía insensata. Notad primeramente que esas afirmaciones son categóricas, sin pruebas de ninguna clase; es el dogmatismo de los incrédulos, la tiranía de los que pregonan la libertad de pensamiento. ¡Y á esto llaman Filosofía de la Naturaleza y *ciencia experimental*! Porque, señores, si esta fuera ocasión oportuna, yo os haría ver que los más grandes naturalistas del mundo, lejos de decir todas esas cosas vanas y mecánicas del origen y evolución de los instintos, al contemplar las maravillas de sus manifestaciones, «oían la voz de Dios dictando á sus criaturas las reglas de la conducta diaria» (1), ó se extasiaban ante las operaciones inefables de un

(1) Milne-Ewards.

nido de ruiseñores ó la fabricación de un panal de miel, en el cual se resuelven prácticamente tres grandes problemas de Geometría del espacio.—Y todo eso lo dicen los materialistas para probar que el animal y el hombre son próximos parientes, eslabones de una misma cadena y miembros de una misma familia.—Porque, oid el primer argumento en contra: si así es, si el hombre desciende de una forma inferior, si los instintos se han ido transmitiendo por herencia y perfeccionándose por la selección natural, la consecuencia lógica es la siguiente: ¿No decís que el hombre es el animal último que apareció en la tierra? Pues el hombre debía tener los instintos más perfectos, más seguros y certeros que todos los animales;—y vosotros sabéis que el hombre á quien hacen tanta falta muchas veces, es el que los tiene más imperfectos, menos certeros y seguros. Luego la selección invocada por vosotros es un ente fantástico.

Pero el hombre en cambio tiene su inteligencia que no puede confundirse jamás con el instinto, porque el instinto es «un impulso nativo para realizar actos exteriores, coordinados», útiles al individuo ó á la especie; impulso irresistible, pero no mecánico; ciego, pero con cierta plasticidad para conseguir lo que al animal interesa, pero siempre

estúpido, porque el animal conoce lo que hace; pero los medios con que lo hace no los conoce como medios, ni el fin á que tiende le conoce como fin; conoce las cosas, pero no sus relaciones; la materia, no la forma. Tiene, como el hombre, facultades, apetitos, pasiones, memoria sensitiva, imaginación sensible; pero todas esas facultades no rebasan el límite de lo carnal, material, particular y concreto. Por esto no habla, ni discurre, ni progresa, ni goza de libertad, ni tiene idea de belleza, de moral y religión, porque es perfectamente estúpido, aunque haga perfectas maravillas. Si tuviera inteligencia sería superior á la del hombre, porque tiene una ayuda más poderosa que el hombre: los instintos más seguros. Y, ¡ay del hombre si el animal fuera inteligente!

III

Pero la inteligencia, señores, no es lo que dicen esos Filósofos improvisados. Porque la inteligencia es la facultad de ver la esencia de las cosas, de percibir sus relaciones y generalizarlas, de formar ideas nobilísimas, necesarias, abstractas y universales, ajenas á todo encasillado, independientes de la materia, del espacio y del tiempo y de sus mismas leyes, ideas de bien y de mal, vicio y virtud, justo é injusto, lícito é ilícito, espíritu y materia, causa y efecto, posible é imposible, finito é infinito, orden y desorden; de formular juicios y raciocinios que implican también ideas universales y necesarias, el enlace de las premisas y la conclusión, origen del progreso; que busca la verdad con ansias infinitas para estrecharla en castísimos abrazos; que concentra su luz en el fondo de un sér y constituye el testimonio

íntimo de su personalidad libre, la conciencia refleja de sus actos, de su responsabilidad moral, y ya por la voz de esa conciencia, ya por la voz de las criaturas, dice San Agustín, se eleva á la Causa de las Causas y Primer Motor de todo movimiento y energía, como aconteció á Aristóteles.

Ahora bien, señores; si el pensamiento es una realidad que sólo pueden negar los idiotas; si la actividad del alma, superior á un sér, se conoce á sí misma, y piensa y razona y concibe esas ideas universales y necesarias, ajenas á la materia, independientes de la materia, síguese que, si no renunciamos á discurrir para siempre, si el efecto no es superior á la causa; si la operación es proporcionada á su facultad,—la causa real que produce todas esas maravillas, que discurre sobre cosas inmateriales, no es, no puede ser material.—Luego los idólatras de la evolución buscan en vano el origen de la inteligencia en las propiedades físicas de la materia, en las vibraciones del calor, la electricidad y la luz, en la irritabilidad de las neuronas, ó en su poder de asociarse, en el contenido del *psico-plasma*, ó en las emanaciones psíquicas,—en los reflejos fisiológicos, ó en las fibras del cerebro, en la célula ganglionar, ó en las sensitivo-motoras, «en las regiones que bordean el fondo de la escisura de Sylvio,

de donde esperan ridículamente (1) el porvenir de una civilización espléndida», en la embriología cerebral (2), en los depósitos de fuerzas de tensión (3), como en un parque de artillería, en las facultades de la ostra ó en la pequeña razón del cuchillo; porque todo esto es particular, concreto y determinado, y todo aquello es abstracto y universal.—Luego el espíritu del hombre, se distingue esencialmente, no en cantidad, sino en calidad, del espíritu de los animales.—Luego la evolución materialista que tiene prohibido el paso del mundo inorgánico al orgánico, con más razón le tiene prohibido del mundo sensible al mundo intelectual, porque el puente está roto.

(1) M. Matisse, al hablar del cerebro de los grandes músicos y matemáticos.

(2) Julio Soury, *Revue Philosophique*, París, 1895.

(3) Beaunis, *Nouveaux elements de Physiologie humaine*, París, 1888; y Hæckel, *Les enigmes*.

IV

Mas no bastó á los materialistas confundir la inteligencia con los instintos, para demostrar que el alma del animal y del hombre eran hermanas gemelas, y hacer ver así la cadena de la evolución. Para realizar sus propósitos innobles, sus intenciones perversas de materializar el alma (si me permitís el vocablo), usaron de procedimientos incalificables que en la ciencia verdadera tuvieron poquísimas fortuna. ¿Os acordáis del *famoso hombre terciario*? Cuando se anunció que se había descubierto, todos los varones materialistas aplaudieron con frenesí, creyendo que con ese dato se minaba el dogma religioso. Mas viendo después que en aquellas épocas geológicas todo progresó menos el hombre inteligente, que permaneció estacionario, inmóvil y estúpido, durante millares de siglos, los

filósofos de esa escuela renegaron de él para evitar que el polvo de las edades cegase sus ojos.

Pues semejantes recursos y de éxito igual han adoptado después con objeto de unir al animal y al hombre. Unos niegan que los salvajes tengan ideas abstractas (1), y que sean capaces de progreso. Y, señores, el mismo Darwin se encargó de demostrar que los salvajes las tenían, y un misionero católico, el P. Salvador, llegó á traer á la capital de Italia dos individuos de la raza australiana, la inferior de todas las razas del mundo, inferior á la papúa, que terminaron brillantemente una carrera intelectual y artística como cualquier europeo civilizado, pues también hay europeos sin civilizar. Y oid, señores, en resumen brevísimo, todas las malas artes de los materialistas para materializar el alma. Hace cuatro años, varios médicos de Boston pesaron los cuerpos de dos hombres antes y después de la muerte de los mismos, con el fin de averiguar las diferencias que serían el peso de las almas respectivas. ¿Queréis saber cuáles fueron las diferencias? En el uno de 14 gramos; en el otro de 28. Ya sabéis lo que pesan dos almas.—Otros, para medir las facultades mentales acudieron al volumen de la caja cerebral,

(1) Hæckel, *Histoire etc.*, pág. 557.

sobre todo de los hombres fósiles, y yo os digo, señores, que ya quisieran muchos intelectuales de nuestros días tener encima de sus hombros la cabeza majestuosa del venerable anciano de Cro-Magnon.—Llegó la Frenología, perpetrando el delito de encasillar las potencias como si fueran diputados del Gobierno, y fué desprestigiada por sus mismos cultivadores.—Por fin se decidieron otros para medir la inteligencia por el ángulo facial, y la braquicefalia y dolicocefalia; y el ángulo facial sólo sirve hoy para que le utilicen los escultores en la formación de la cara de sus estatuas, y la cara resulte bonita, y las otras dos medidas para ver si es mayor la longitud ó latitud de la cabeza, pero sin decirnos nada de la longitud, latitud y profundidad de las facultades mentales.

Invocaron otros el peso absoluto del cerebro en la escala animal, y resultó que si esa era la medida de la inteligencia, antes que el hombre estaban el elefante, la ballena y el delfín.—Se acogieron después al peso relativo, esto es, al peso de la substancia cerebral con relación al peso del cuerpo; y resultó que ocupaban los primeros puestos antes que el hombre adulto ¿por qué no decirlo delante de vosotros que sois personas ilustradísimas? el niño, el canario, el gato y el gorrión.—¡Ah! dijeron entonces no, no es

esa la medida, sino la complicación de la masa cerebral; ahí está la clave del problema; y entonces confiaron á la corteza del cerebro las facultades más nobles del alma, la inteligencia, la voluntad y la memoria, y las facultades más groseras y humildes las confiaron á la retina y al cerebelo y otras regiones similares. ¡Nuevo desencanto!; porque la urdumbre y trama del cerebelo y la retina son muy superiores morfológicamente á la estructura anatómica de la corteza cerebral.—¿Qué hacer ahora? Pues decir que la clave del problema se halla en la profundidad de las circunvoluciones del cerebro, en las expansiones protoplásmicas, nerviosas y colaterales, en la íntima arquitectura de la célula ganglionar ó psíquica, ó en el contenido químico del cuerpo celular, ó del protoplasma nervioso, al cual dirigen hoy sus esfuerzos y miradas millares de investigadores, histólogos, fisiólogos y psicólogos experimentales.—Yo, señores, lejos de asustarme como algunos tímidos creyentes que no han visto jamás un Laboratorio, alabo esos esfuerzos nobilísimos, esas laudables tentativas, porque son una prueba más de la inteligencia inmaterial del hombre que, teniendo por objeto lo infinito, aspira á saber el *por qué* último de todas las cosas; que reflexiona y discurre sobre lo que ha descubierto, esto es, vuelve

todo su pensamiento sobre sí—lo cual no era posible si fuera material—sin que el cerebro haya sufrido más desvanecimientos que los de la Lógica.— Pero debo decir también que si esos investigadores son honrados y saben un poco de Filosofía; si separan cuidadosamente todos los hallazgos, materiales é inmatrimales; si no confunden la actividad y las energías del alma con el fósforo, la mielina y neurokeratina de los tubos nerviosos, ni la memoria sensible con la intelectual, el acto reflejo con la sensación, la imaginación con la fantasía, las fuerzas mecánicas y musculares con las energías del espíritu, la virtud con las vibraciones atómicas, la moral con el hábito y la costumbre, los principios de la Ética y el Derecho con los instintos del animal ó los temperamentos de las razas ó los procesos de la evolución, y el genio con la neurosis, y la Lógica con un trasto inútil que para discurrir así maldita la falta que les hace... ¡oh!, digo que se verán forzados á confesar que esos problemas están más altos que la platina del microscopio; que no se resuelven experimentando en conejos de Indias; que el origen de las almas humanas no hay que buscarle en las pacíficas Medusas(1); ni la conciencia en

(1) Hæckel, *Les Enigmes y Anthopogénie*, París, 1877.

los elementos de la sangre (1), ni en los ganglios encefálicos (2), ni en la medula espinal (3); ni el *Yo* del individuo, ni el *Yo* general en los hemisferios del cerebro (4), ni en los «epifonemas» de la excitación nerviosa (5), ni en la desintegración funcional psíquica (6), como tampoco podemos localizar la facultad del lenguaje en la apófisis geni, en la tercera circunvolución izquierda llamada de Broca ó en los sacos subcutáneos de la laringe; porque, señores, todas esas facultades nobilísimas tienen origen más alto, y buscarlas ahí es confundir la facultad con el órgano. Pero el órgano es material y la facultad carece de materia, como antes demostré.

(1) Spencer, *Les Premiers Principes*, cit. París, 1838, página 135.

(2) Sergi, *La Psychologie physiologique*.

(3) Herzen, ob. cit. pág. 214 y siguientes.

(4) Topinard, *L'Anthropologie et la Science sociale*, París, 1900.

(5) Le Dantec, ob. cit.

(6) Herzen, ob. cit., pág. 214 y siguientes.

V

Aún estáis, podemos decir á los partidarios de la evolución materialista, aún estáis en el vestibulo de ese templo del sistema nervioso; hasta ahora sólo habéis conseguido llamar á la puerta, arañar la superficie ó la cáscara; aún no habéis desenredado la malla, ni contado sus hilos, ni las relaciones de sus neuronas. Vuestra Fisiología cerebral está en la cuna; vuestra Fisiología Psicológica no ha soltado aún los andadores, y á pesar de vuestros esfuerzos nobles, de vuestros aparatos precisos y delicados, no lograsteis siquiera medir exactamente la excitación más innoble como es la del tacto. ¡Cuánto menos la sensación, la libertad y el pensamiento!—Y no obstante queréis poner en el santuario la mano sacrilega para ahogar á el alma, substituyéndola con miles y miles de fuerzas tenebrosas, misteriosísimas y oscuras, con movimientos especialísimos ignorados, que tienen que cruzar ese puente gigantesco,

ese abismo insondable del hecho mecánico al hecho de conciencia, y el más hondo todavía, de la sensación á la inteligencia inmaterial, que es el prodigio de los prodigios.—Siempre la misma historia: negáis la creación de la vida y admitís la generación espontánea; negáis la existencia de un Dios personal y admitís el Dios del *Acaso*; rechazáis su Providencia amorosa, que rige y gobierna el mundo, y os abrazáis con el destino brutal que le arrastra no se sabe adónde; negáis la explicación finalista de los fenómenos, y creéis en la mecánica ilusoria; negáis vuestro parentesco con Adán, y admitís gustosos el parentesco con el gorila; negáis la existencia del alma y creéis en sueños, y quimeras; negáis la inmortalidad del espíritu y creéis, ¡vosotros creéis!, en la inmortalidad de los infusorios.

Pero mientras haya un hombre que piense conforme á los dictados de la razón y la ciencia verdadera, vuestras blasfemias serán ahogadas en el vestibulo de la conciencia humana, como antes lo fueron en las mismas puertas de la vida. Podéis escribir multitud de monografías evolucionistas, para hacer que algunos hombres, como decís vosotros, no miren ya á los dioses de las viejas edades (1),

(1) Bordier.

sino á la realidad de los hechos presentes», al parentesco del hombre y el animal, á la mecánica material del cerebro; pero la realidad se encargará de deciros que ese parentesco puede existir para algunos que lo quieren, mas no para la humanidad honrada; que aunque logréis un día revelar al mundo toda la Fisiología cerebral, no conseguiréis nunca ¡oh fisiólogos todos de la tierra, presentes y futuros! dar el salto mortal del hecho mecánico al hecho de conciencia; que el alma no es una máquina de vapor, cuya energía se calcula y mide por kilográmetros; que el dolor de un padre ó una madre á quienes mataron el hijo, que las penas del alma, el sacrificio y la abnegación no tienen equivalente mecánico; que «el morir no es precio del pensar», que no resultan incompatibles inmortalidad y pensamiento (1), sino todo lo contrario; porque por lo mismo que en sus actos específicos, el pensamiento es inmaterial, por eso no puede morir; y por lo mismo que esa facultad donde radica tiene ideas universales y abstractas, ajenas á la materia, independientes de la materia corruptible, por eso el alma del hombre se enamora de la verdad, y la busca por las calles y las plazas con ansias infinitas, y goza Pi-

(1) Cajal (S. Ramón).

tágoras por haber descubierto algunas propiedades geométricas, y goza Arquímedes, en medio de los enemigos, meditando en las relaciones de los números, y goza Platón al contemplar las ideas en su Verbo, y goza Aristóteles analizando los principios del saber humano, y gozan San Agustín y Santa Mónica, contemplando el cielo azul en el puerto de Ostia, y gozan los artistas cuando sienten el soplo de la inspiración, y gozan el matemático y el ingeniero al resolver un problema difícil, y goza el filósofo al dilucidar una cuestión interesante, y goza el médico cuando emite un diagnóstico acertado y cura la enfermedad...; y si á estos goces legítimos, honrados é inmateriales, excelsos, añadís ese otro estímulo que alienta en la célula muscular del corazón del hombre, que va en busca del bien y gime y llora hasta poseerle; que palpita al soplo de la caridad, el heroísmo y la abnegación; ese clamor del águila herida que, aun postrada en tierra, siente la atracción de las alturas; esas aspiraciones al ideal, el hambre infinita de Dios que sólo con Dios puede aplacarse.... ¡ah!, señores, cuando el polvo llame al polvo, y en «la colmena celular no se escuche ya el gemido de un esclavo» (1); cuando el cuerpo se

(1) S. Ramón y Cajal.

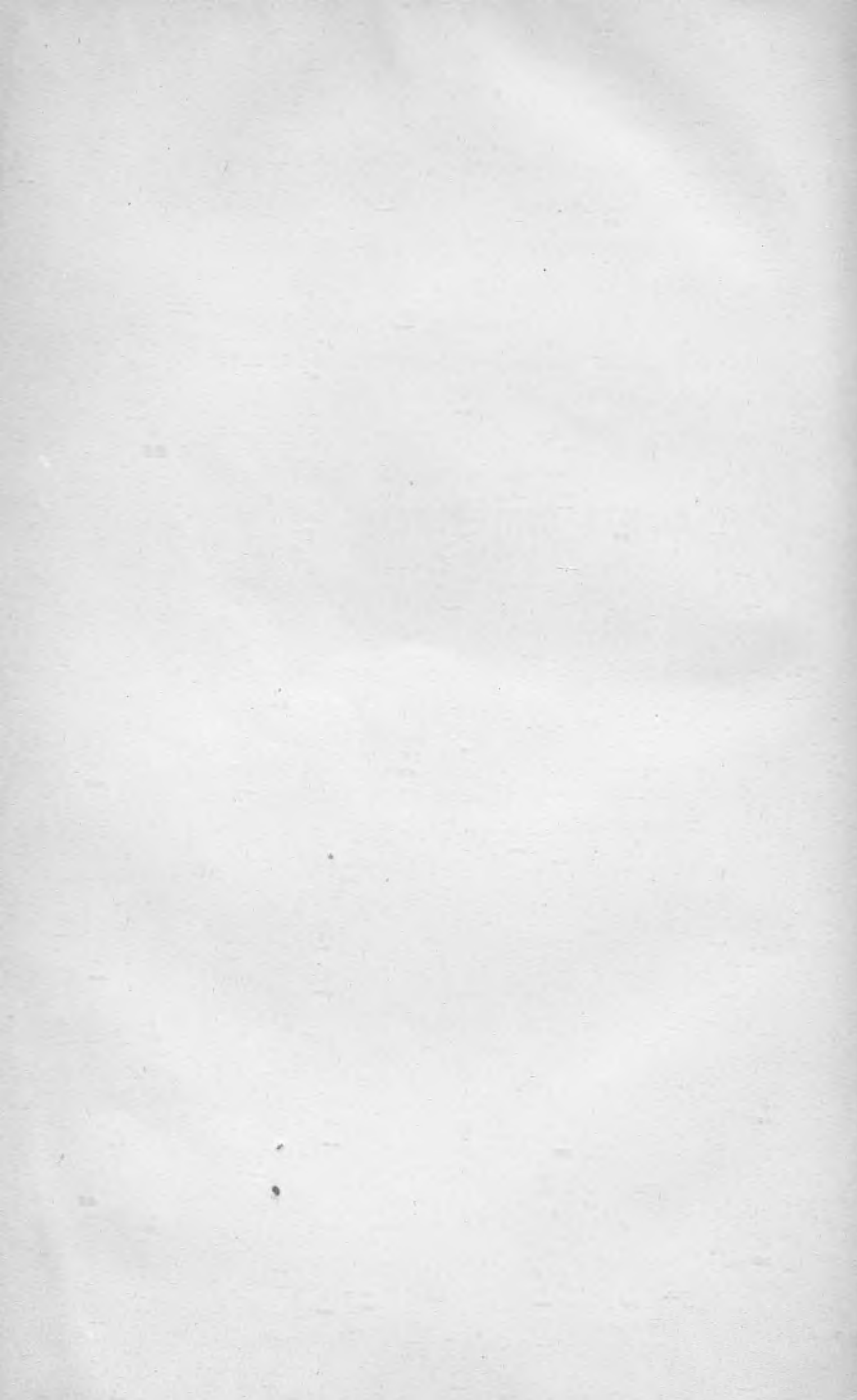
desplome y caiga en el sepulcro, para ser entregado á la combustión de la podredumbre, á la corrupción de la materia, á la circulación perpetua de la materia... ¡no, mil veces no!, no puede rodar con él para convertirse en polvo, el huésped inmortal que le habita; porque si la materia pudo un día rozar las alas del Angel, no pudo ni podrá jamás encadenarle, porque no se encadena el pensamiento que vuela más lejos que la luz.

Luego la evolución materialista es una doctrina *anticientífica*, porque la ciencia la condena; *irracional*, porque deforma las facultades intelectuales; *cruel*, porque quiere ahogar las aspiraciones más nobles del alma humana.

¡Ah!, señores; en la Conferencia próxima y última veréis hasta dónde llega esa crueldad.

QUINTA CONFERENCIA

LA EVOLUCIÓN MATERIALISTA Y LA MORAL.—CONSECUENCIAS DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.—ORIGEN DE LA MORALIDAD.—SUS FUNDAMENTOS.—LA MORAL EVOLUCIONISTA.—LA MORAL CIENTÍFICA.—LAS ESCUELAS LAICAS Y SUS DISCÍPULOS.—QUÉ MORAL ES NECESARIA PARA SALVAR AL MUNDO.—PLEGARIA Á JESUCRISTO.





EXCMOS. Sres. (1):

Señores:

De la Conferencia anterior se deduce lógicamente la inmortalidad del alma libre del hombre; porque si las facultades se conocen por sus actos, y estos actos son, como vimos, independientes de la materia corruptible, la substancia donde radican esas facultades nobilísimas, es realmente, ciertamente, positivamente espiritual; y, por tanto, cuando el organismo humano sea entregado á la combustión de la podedumbre, el alma humana, cuyo origen no puede ser material, tenderá su vuelo á otras regiones que tampoco serán materiales.

Si descendiendo de una forma inferior, cuyo origen es el polvo de los átomos y cuyo fin es el nirwana budhista ó la inmensa boca de Saturno que devora

(1) Los Excmos. Sres. Nuncio de Su Santidad, Obispo de Madrid-Alcalá y Obispo de Sión.

á sus hijos *amantes*, yo tengo derecho, aun á costa de media humanidad, ó la humanidad entera, al banquete de la vida, al paraíso mahometano de orgías y de placeres, porque la vida es un instante en el mundo del cual debemos gozar y reirnos: nadie me lo podrá impedir, si no es más astuto ó más fuerte que yo. ¿Creéis, señores, que yo vestiría el hábito que visto? Predicad, señores, esta doctrina en el mundo, y el mundo será una jaula de fieras, aunque en él hay ya bastantes fuera de la jaula. Por el contrario; si este mundo es mundo de tránsito, lugar de destierro y valle de lágrimas; si desciendo de Dios, porque yo no me he creado á mí mismo; si mi fin es Dios, porque si no es Dios, no puede ser nada mi fin, porque tengo una hambre infinita que sólo con Dios puede saciarse, entonces mi obligación es conocer mis relaciones con Él y de acomodar mis actos á ese fin supremo, si no quiero exponerme á perderle para siempre y estar como un astro que ha de girar siempre fuera de su órbita, como nave que nunca llegará al puerto; porque inmortal significa vida sin término y sin límites, vida perpetuamente duradera.

Teniendo por norte y guía esa estrella polar del fin último, debo, en el mar tempestuoso de este mundo, adquirir todos los medios para llegar á él;

conocer, en una palabra, el conjunto de verdades morales y religiosas que me señalen el camino que conduce á la Patria, y mis relaciones con Dios y mis semejantes, porque vivo en sociedad, para no quebrantar las leyes que han de regir mi conducta. Pero, ¿en dónde está la ley, en dónde la medida, la regla de mis acciones para que puedan llamarse malas ó buenas? ¿Qué debe ser mi conducta moral?

Señores: La Filosofia verdadera nos dice que la raíz de la moralidad del hombre, de su dignidad responsable de méritos y castigos, es el libre albedrío, cuyo origen se halla en el entendimiento que propone á la voluntad bienes particulares que no pueden llenarla y no el bien absoluto que la saciaría; y que, por tanto, la voluntad libre puede escoger ó rechazar aquéllos, siguiendo ó no los dictados de la razón recta. ¿Qué es la razón recta? Oid, señores, en dos palabras resumida la doctrina de Balme cuyo centenario vamos á celebrar, aunque no de un modo proporcionado á sus méritos: «los fundamentos de la moral absoluta, fuente de la moral humana, son el entendimiento y la voluntad divinos cuya expresión dulcísima es el Amor. Dios ve con su inteligencia infinita el orden de las criaturas y no puede menos de amarle porque es esencialmente santo. La inteligencia humana con-

templa ese orden creado y establecido por Dios, y le muestra á la voluntad para que la observe. Si la voluntad libre cumple su deber observándole, sus actos serán buenos y si no reprobables. En suma; si queremos el orden que Dios quiere y amamos el orden que Dios ama, cumpliremos con la ley natural que es la razón recta, norma y guía de nuestras operaciones libres, centella desprendida del rostro del Señor y copia de su ley eterna, que manda se observe el orden y prohíbe que se perturbe, como dice mi gran Padre San Agustín.

Señores: ¿Conocéis otro origen y fundamento de la moral de las almas? Este es el problema de los problemas, y ante él preguntaban Isaías y el Apóstol San Pablo: ¿en dónde están tus sabios? ¡oh pobre humanidad! ¿en dónde tus escritores é investigadores? ¡oh género humano! Recorred con la mirada la historia de los antiguos misterios; buscad la solución del problema en las obras de los ingenios más peregrinos, en Platón y Aristóteles, Cicerón, Séneca y Plutarco, y sólo hallaréis locuras y desvarios, el abismo de la concupiscencia de la carne y de la sangre que son materialistas. Estudiad los tiempos modernos: ¡qué vastas hipótesis, qué concepciones tan bizarras, qué multitud de cátedras y tribunas, libros y escuelas!; escuelas de

protestantes y budhistas, mahometanos, librepensadores y agnósticos, judíos, masones y ateos, cismáticos, idólatras y gentiles que tratan de resolver el problema y recorren el ancho mundo pregonando la verdad en las plazas públicas como en tiempos de San Agustín.

¡Ah, señores!; yo no voy á hablaros de todos los sistemas de moral fabricados por el hombre; nada os diré de la moral independiente, que es la inconcebible moral sin Dios, con su ineficaz imperativo categórico para el hombre débil y corrompido del muladar; nada de la moral criticista de Renouvier, que no difiere de la moral estoica; nada de la moral estética de Ravaisson y Guyau, que es la cruel de Platón; nada de la pesimista de Schopenhauer y y Harmann, que es la del viejo budhismo; nada de la moral de la esperanza de Fuillée, que es síntesis de la de Platón y Epicuro; nada de la pragmática de Bergson, ideal, especulativa y quimérica. Os hablaré de lo que llaman *moral científica*, y antes de la brutal, espantosamente brutal de la evolución atea, que es la moral de los tigres y leopardos, á cuyo nivel nos rebaja, quitándonos todo consuelo en esta vida y toda esperanza en la otra.

I

Excmos. Sres.; señores:

La doctrina de la evolución materialista no quedó en las regiones de los principios teóricos hasta ahora examinados, sino que fué llevada á la práctica de la vida humana con todas las consecuencias lógicas que de esos principios se desprenden. A esto aludían las palabras del Pontífice inmortal que oísteis en la primera Conferencia. «Contra esos principios y esas consecuencias, dicen los ateos (1)..., se coaligan hoy, en huestes formidables, todas las escuelas espiritualistas, llenas de prejuicios religiosos y autoritarios; pero la evolución, por la audacia de sus pensadores, marcha, y mar-

(1) *Les Théories de l'Evolution*, par Ives Delage et Goldsmith, Paris, 1909.

cha progresivamente á la conquista del mundo, derrocando los ídolos que adora la humanidad, hace millares de años», y dando á la humanidad un nuevo concepto del origen y la esencia de la moral humana.

Veámoslo. Si la libertad del hombre es una ilusión cruel, porque no hay en el mundo más que mecánica y determinismo geométrico; si el hombre desciende de una forma inferior, y esta forma inferior animalesca es la base sobre la cual el hombre se levanta, aunque perfeccionado por virtud de la evolución, «hay que colocar al hombre en la humanidad y á la humanidad en la evolución zoológica» (1), porque ahí están el origen de todas las facultades humanas y la fuente de todas sus energías, aun las más excelsas y sublimes. Mas para comprender la conducta y la moral del hombre conforme á las enseñanzas de los seres inferiores á él, es necesario explicar primeramente lo que debe entenderse por moral de los actos humanos, contra el parecer de todos los siglos. ¿Cómo? Haciendo un estudio de Psicología comparada.

(1) Spencer. Para todas las citas ver *Les Premiers principes*, *Principes de Psychologie*, *Synthèse generale*, I, y *Synthèse speciale*, II; y sobre todo *Les bases de la morale évolutioniste* (Anglave ó Alcan).

Oid lo que ese estudio nos enseña en resumen brevísimo: «El bien y el mal en el hombre y en los animales no son otra cosa que lo útil y agradable, perjudicial ó nocivo; el *hedonismo* que coloca la base de la moral en el sentimiento del placer, es la doctrina verdadera» (1); «conducta moral es el conjunto de las acciones risibles y exteriores adaptadas al instinto de la conservación del individuo ó la especie» (2); «el aumento de la vida es el fin supremo de la conducta (la medida de la cual es la duración y la cantidad de la vida misma), y ésta será buena ó mala, si se halla bien ó mal adaptada á ese fin de la conservación (3).

¿Cómo se explica el origen de la moral? «Las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas á través de las generaciones, han venido produciendo modificaciones que se nos legaron y crearon en nosotros ciertas facultades de intuición moral relativas á la buena ó mala conducta» (4); «la célula nerviosa fué el aparato registrador que recibió y transmitió esas huellas herecitarias, y en esas hue-

(1) Letourneau (E. *La Biologie*, París, 1897, y *Ciencia y materialismo*; Barcelona, 1909; trad. Medina. Topinard: *Science et Foi*, París, 1900.

(2) Spencer.

(3) Spencer.

(4) Spencer; y Darwin, *La Descendencia*, etc., cap. IV.

llas están el origen de los instintos animales que son la única fuente de la justicia, del deber y del derecho que la herencia, ayudada por la selección, legó á la sociedad» (1), «y la sociedad, viendo que la virtud era más ventajosa que el vicio, aprobó aquélla y condenó éste» (2). Luego el papel del moralista consiste en averiguar las relaciones que hay entre la conducta y la conservación de la vida y en ver cuidadosamente cuáles son nocivas y útiles. Así puede recoger y apuntar datos preciosos que sean la base de la moral y de la evolución de la conducta que supone, en el aspecto físico, movimientos heterogéneos, mejor ó peor adaptados á ese fin; en el aspecto biológico, asegura el equilibrio de las funciones orgánicas; en el fisiológico, establece relaciones constantes de la función y los estados psíquicos, y en el sociológico exige el sacrificio del individuo en bien de la especie» (3).

Por esto «el amor debe ser libre, como lo es en los animales; el matrimonio legal de los hombres es fatal á la raza, y á la raza hay que purificarla por el cruento sacrificio de los enfermos, de los débiles,

(1) C. Letourneau, ob. cit.

(2) Spencer.

(3) Spencer.

de los contrahechos y ancianos, por inadecuados á la conservación de la vida. Si hemos de mejorar la especie hay que suprimir todas las obras de caridad y beneficencia públicas. En este sentido, oidlo, señores (y oidlo con espanto, porque ni Straus, ni Renán, ni Voltaire, dijeron una blasfemia tan grande), Jesús de Nazareth fué el primer malhechor del mundo (1).

(1) Todas estas blasfemias y otras muchas se hallan en las obras de Hæckel, Topinard, Letourneau, en la Pedagogía de Issaurat, en el *Bréviaire de l'histoire du matérialisme*, por Julio Soury, París, 1881; en la obra de Folkmar *Leçons d'Anthropologie philosophique; ses applications à la morale positive*, París, 1900, y en otras.

II

Señores: ¿Necesita refutación esta doctrina que altera las ideas de moral de un modo animalesco (como alteró el significado de la palabra inteligencia), porque coloca sus raíces en el gran simpático de la vida vegetativa, en la sensación del placer fisiológico, en el hormiguero de todas las concupiscencias de la carne y de la sangre? No, señores; esto no es la ciencia. Con negar que el hombre desciende de una forma inferior, queda refutada toda esa doctrina absurda que reduce la ley moral, toda interna, como sabéis vosotros, á la experiencia externa y superficial de una ostra; que hace semejante la regla de las costumbres «á los órganos de defensa y abrigo que llevan en el dorso algunos insectos» (1), y el papel del moralista, al arte del zootéc-

(1) M. Balfour.

nico ó veterinario para curar ó mejorar las razas de gallinas ó de palomas. Y es un sarcasmo hablar de libertad cuando todo es efecto necesario de las leyes de la evolución; hablar de sacrificio, cuando no hay más vida que esta vida, ni más Dios que el estómago, ni más religión que el vientre, ni más honor y virtud que los que se adquieren en el templo consagrado al Buey Gordo y en el culto consagrado al dios Baco. En suma; desde el punto de vista físico, esa doctrina es mecánica pura; desde el biológico, es animalesca; desde el fisiológico, es una buena digestión, y desde el sociológico, es cruel y brutal, espantosamente brutal, tanto, que el mismo Spencer, en el prólogo á «Las Bases de la Moral evolucionista» se revuelve airado contra los que sacan esas consecuencias de sus Principios; tanto, que el mismo Huxley, con ser quien era, la maldijo, lleno de horror; tanto, que otro sabio ateo, en un libro que hace poco vió la luz (1), al examinar las conclusiones de esa moral que nos rebaja al nivel de los leopardos y los tigres, exclama: «¡Oh, civilización moderna!; debemos privarnos de tus beneficios por el placer de demostrar que descendemos de los animales. ¡Ah!, ó son algo los sentimientos

(1) Ives Delage, obra citada.

mejores, las aspiraciones más elevadas y hermosas de la humanidad, ó eso que llamáis moral y ciencia son un ídolo estúpido».

Pero, señores: los grandes sabios materialistas modernos (1), sin aceptar, por una falta de lógica, las consecuencias que lógicamente han deducido los *pequeños* sabios, continúan defendiendo la evolución materialista, y hablan de una moral «creada por la ciencia, fuera de las revelaciones de la Fe, sin ídolos ni fetiches, constituidas por las leyes fisiológicas del organismo, por los instintos desarrollados por la evolución que dieron origen á las propiedades físicas é intelectuales; que tiene por ideal la solidaridad del mundo, y esa bella y tolerante divisa republicana de la Revolución francesa: «libertad, igualdad, fraternidad», es la moral contenida en la atmósfera de los laboratorios, sana y vivificante, que da al hombre, no reglas absolutas de conducta, como los teólogos eclesiásticos, sino provisionarias y modificables por los siglos venideros; que dice al hombre que «el mal es el dolor de los otros»; que la felicidad consiste en la expansión completa del individuo, en el altruismo y benevo-

(1) Carlos Richet, *Revue Scientifique*, de París, 1.º de Noviembre de 1902; y Berthelot, *Science et Morale* (sin fecha), París.

lencia por el bien de la especie, que beberá la dicha en la copa dorada de la evolución atea». Cincuenta años estuvo el gran químico Berthelot buscando esas cosas, dice él, con una curiosidad y simpatía infinitas; por construir una moral en bien de su país y en bien del hombre, «del hombre, que se desprende de la cadena animal poco á poco, y forma después la familia, el Estado, la moral y la virtud». Esta es la moral que hoy se pregona en conferencias, en reuniones célebres, y en prólogos y libros. Os voy á citar dos, de dos sabios ateos; uno dedicado á la *Psicología de la educación*: «el Estado debe enseñar la moral científica, y así como en el siglo xvi muchas iglesias católicas pasaron á ser protestantes, hoy las escuelas confesionales, de cualquier género que sean, deben pasar á manos de los defensores de la evolución» (1); «el maestro debe empezar su cátedra por el estudio moral de las sociedades animales; hacer ver á los niños la evolución *filogenética* ó desarrollo de la especie, base de toda moral; la creación de los reflejos y sentimientos elevados de algunos animalitos, superiores quizá á los del hombre; después debe enseñarles la historia de la civilización de los pueblos, saliendo

(1) Hæckel, *Les enigmes*, cit.

de la barbarie y adquiriendo reglas de moral cada vez más estables y perfectas» (1). Y, señores, con estos consejos, ya estoy viendo yo á algún maestro laico, ir con sus pequeños alumnos, angelitos inocentes de Dios, no á la escuela, porque no es lugar á propósito para esta clase de enseñanza moral, sino á los parques, á los jardines de aclimatación, como el de Amberes y el de Londres, y á las casas de fieras, y recorrer todas las jaulas y decir á los niños: «mirad, ahí tenéis las hormigas descritas por Lubok; aprended de ellas la solitud, la previsión, la solidaridad en la lucha; ahí tenéis un rebaño de rumiantes, que siempre llevan un guía que es el individuo más fuerte y robusto del rebaño; aprended de los *hamadrias* á levantar las piedras para buscar el alimento; aprended de los *cercopitecos* cómo se unen para defenderse de las águilas; aprended de los termitas á construir galerías ocultas para derruir un edificio; aprended de la abubilla á cantar cuando se acerca el buen tiempo; aprended de las abejas á matar los zánganos; fijaos

(1) Gustavo Le Bon, *Psychologie de l'Education*, París, 1907. Véanse, además, F. Rauh, *L'Experience morale*, París, 1903; Lévy-Brühl, *La Morale et la Science des mœurs*; Parodi, *Le problème moral et la pensée contemporaine*, París, 1910.

bien en los crustáceos, porque son los seres únicos que tienen *sangre azul*; aprended de las grullas á emigrar oportunamente; de las gaviotas á pescar sin anzuelo, y de todos y cada uno, aprended el altruismo, la solidaridad y la simpatía. ¡Oh, la ciencia!

II

¡Ah, señores! Las ciencias, ni en particular ni en conjunto, tienen que ver nada con la moral; porque ni la Química ó la Física, la Fisiología ó Zoología, ó cualquiera de las ciencias restantes, ni el compás de gruesos ó el calibre, ni el antejo, el microscopio, la balanza ó los tubos de ensayo, el cloroformo ó el éter, el descubrimiento del radio ó la diagnosis de la *ostræa oculata*, nos dicen qué son el mal y el bien, lo lícito é ilícito, la justicia, el deber, el honor y el derecho, la virtud, el heroísmo y la santidad. Los sabios infatuados «pueden dar recetas morales, mas no podrán decir cómo se usan» (1); y todos los sistemas científicos que sólo alcanzan «á la epider-

(1) Farodi, ob. cit.

mis del hombre, nunca al espíritu que le envuelve» mientras el dolor cruce la tierra, serán impotentes para detener su curso, «para poblar un corazón desierto ni enjugar siquiera una lágrima». ¿Cómo explicar el origen de la moral humana por el desarrollo de los instintos animales, por las leyes psicológicas del organismo, si no se confunden el honor y el deber con los vapores de la creosota y la esencia de clavo, y el deseo inmenso del corazón con la sed fisiológica, el remordimiento con los colores complementarios, la abnegación y el heroísmo con la fuerza muscular, la virtud y el pudor con la hipermia del rostro, el amor con el hambre, la santidad con la neurosis y todas las aspiraciones más nobles del alma que siguen la ley del mayor esfuerzo, con los apetitos más ruines que siguen la ley del esfuerzo menor? ¡Ah, señores!, «el hombre y el animal tienen vértebras físicas, pero sólo el hombre tiene vértebras morales»; «el animal tiene una ley y la sigue: el hombre tiene la ley moral y no cesa de violarla». No digáis nunca, ¡oh, partidarios de la evolución ateal, que el mal es el dolor de los otros; que la solidaridad es el ideal del progreso, porque vuestra doctrina es la hipertrofia del egoísmo y la condenación absoluta de toda obra caritativa; no habléis jamás de la tolerancia de la Revolución fran-

cesa, porque todavía nos acordamos de la guillotina, protectora de la ciencia y el arte, decapitando á Chenier, á Bailly y al gran Lavoisier; no habléis jamás de esa bella y tolerante divisa republicana «libertad, igualdad, fraternidad», porque es el conjunto de tres grandísimas mentiras: ¡mentira la libertad que proclamáis, incompatible con el determinismo que defendéis; mentira la igualdad, incompatible con la selección; mentira la fraternidad, incompatible con la lucha por la vida! Y al comparar esa divisa escrita en vuestros edificios públicos y los horrores que perpetran vuestros gobernantes, ¡maldigo vuestra moral hipócrita, que además es un sarcasmo!

IV

¡Bienaventurados los astutos y los diestros! dice la evolución: ¿queréis ver las consecuencias horribles de la evolución materialista? Yo me acuerdo, señores, de una profecía de Spencer y de una frase de Renán; aquél, pronosticó que el retroceso de la humanidad estaba muy cercano; éste, dijo que «desde el punto de vista moral, el planeta estaba poblado de imbéciles».

Si yo tratase de haceros ver cómo acertaron aquellos dos hombres que tanto daño hicieron en el mundo, me contentaría con mostraros el ejemplo de algunos pueblos que han vuelto al paganismo, por virtud de la evolución; porque allí, señores, en libros y cátedras, tribunas y Parlamentos, hasta en los bancos de las escuelas primarias, la evolución es huracán que arrasa, tromba que destruye, ciclón

que mata la fe; que lleva en su soplo ideas perversísimas con que mancha las canas de venerables magistrados, y el odio á Dios y á su Cristo, á tal extremo, que hay pocos que se atrevan á nombrarles. Estos son los frutos amargos que se notan allá, y que si Dios no lo remedia, notaremos aquí, en esta España adorada, patria vuesta y patria mía, por virtud de las escuelas laicas, hijas legítimas de la evolución atea, mutilación del pensamiento humano, retroceso bárbaro de la civilización moderna, apaga-velas de la cultura, antros de la ignorancia, molde de maestros pedantes y escritores chirles, de algunos golfos de la ciencia, de bohemios de la moral; neutros, en una palabra, es decir, incapaces de enseñar nada bueno á el alma del niño que después será hombre!

¡Qué niños y qué hombres no se ven ya, discípulos de esas escuelas! Oid, padres de familia, y ved los esclavos que necesita y hace el *super-homo* de la evolución. En el orden intelectual, moral y social (1) esas escuelas atrofian el cerebro del niño con una especie de saturación brutal de ciencia materialista que no puede digerir; se le enseña el catecismo

(1) Dr. Ch. Fiessinger, *Science et Spiritualisme*, París, 1907.

ateo, en que se le dice que el mundo no fué creado por Dios, sino que es efecto de la evolución; que el hombre descende de una forma animal, en cuyo reino están las reglas de la conducta; en vez del Crucifijo, el Decálogo y el Evangelio, código inmortal de todas las razas, se le enseña, como si fueran incompatibles, el kilo, el metro y todo el cuadro de pesas y medidas; se le habla de los derechos del hombre, olvidando sus deberes; se ahogan los sentimientos del corazón, estimulando sus apetitos y concupiscencias y se llega á la brutalidad de los bárbaros del siglo v, descritos por Guizot.

Y ahí tenéis ya al niño hecho hombre, raro, excéntrico, extrambótico, pedante y superficial, degenerado y miserable, enfermizo y débil, sin ideal alguno, si no es el de perpetuas vacaciones y perpetua orgía; arrogante y dogmático, ama el culto de las palabras y hace alarde de ser libertino y blasfemo; holgazán y perezoso, cree que tiene la retina bañada en luz, y es miope del cuerpo y del alma; insensible á todo entusiasmo, frío ante las maravillas del arte ó de la ciencia, está lleno de hinchazón estúpida; odia la autoridad y la Religión; desprecia á los grandes hombres y á los Santos los llama tontos; estima ridícula la idea de Patria y á la bandera de la Patria la estima como un trapo indecente...

¡Ah! Si ese hombre llega á influir en los destinos de la Nación veréis cómo se alista en las filas de la demagogía atea «cuyo distintivo es la envidia»; poblará las calles y plazas públicas de estatuas y decoraciones dedicadas á las medianías, á los traidores y á los bandidos ó á los imbéciles; favorecerá el compadrazgo y los chanchullos, los juegos indecorosos, en vez de favorecer el mérito, la honradez y el trabajo.

En ese rebaño inconsciente, educado por las escuelas neutras, no busquéis voluntades heroicas, caracteres indomables, almas viriles, porque allí domina la *abulia*, faltan hombres; detritus de la sociedad, siguen la ley del menor esfuerzo, como los seres de que descienden, según ellos dicen, y son incapaces de sostener la atención en tres minutos; excepto el odio á la Religión, están dispuestos á transigir con todo y todo es en ellos libre y fácil; sus lecturas son frívolas, y fáciles sus placeres y comodidades fáciles; les oiréis predicar la taberna libre que también es fácil; el matrimonio civil y el amor libre, que son fáciles también, y el divorcio libre, y la despoblación libre, y la destrucción de la familia libre, y el suicidio libre, y la bomba libre, y el puñal y la tea incendiaria libres, y ¡viva la libertad!

V

¡Ah!, señores. ¿No es esto lo que estamos viendo en las modernas sociedades? ¿No véis que las ideas se traducen en la práctica de la vida, y que la actual vida práctica es consecuencia de las doctrinas de la evolución? ¿Creéis que tienen otro origen los horrendos conflictos sociales de los que viven en la opulencia y los que mueren sin pan, los odios profundísimos de esos ejércitos formidables, de esas democracias alborotadas y turbulentas que piden el pan del cuerpo porque les robaron el pan del alma, la fe en la vida futura, y amenazan destruirlo todo y arrasarlo todo para ocupar un puesto en la vida presente del mundo del cual debemos gozar y reirnos?

¡Ah!, señores. Las sociedades modernas «marchan con rumbos nuevos por nuevos mares al so-

plo de la libertad, el progreso y la ciencia. ¿Adónde va el mundo?» ¿Lo sabéis vosotros? El mundo no lo sabe. Lo que yo sé es que las doctrinas funestísimas cuya refutación habéis oído en estas conferencias, quieren romper todo enlace del mundo con Dios, y, señores, sin Dios en el cielo, los derechos del hombre quedan en los aires, y sin Dios en el cielo, la conciencia y la sociedad quedan envueltas en el sudario de una eterna noche, anulada la atracción de las almas, y el arroyo, separado del manantial queda seco, y el corazón, separado de su centro queda estéril, sin ideales ni creencias, ni virtudes ni esperanzas, entregado á los apetitos de la carne y la sangre que son los materialistas y cuyo fin lógico es el suicidio colectivo.

—Señores: Para salvar al mundo no queda más que una solución; su renovación moral por virtud del Evangelio, matando la doctrina materialista que ahoga, y haciendo que triunfe la doctrina de Cristo que salva. ¡Ah! Si la vitalidad de una doctrina se mide por la grandeza moral de los pueblos que civilizó, el catolicismo dista de la pequeñez de las otras escuelas lo que su Fundador divino dista de todos los hombres. Jesucristo sólo es el Maestro, el camino, la verdad y la vida, el autor del Sermón de la Montaña, el mártir del Gólgota, el Dios del cal-

vario que nos dió la doctrina moral que los mismos enemigos llaman «Regla de Oro de Jesús de Nazareth». Por virtud de esa doctrina «que baña como el mar á todos los continentes», y es fuente única de todo lo excelso, grande y sublime que hay en el mundo, porque es la ley del mayor esfuerzo que rige á las almas, sabe el hombre de dónde viene y adónde va, sus deberes para con Dios, consigo mismo y sus semejantes; ella le enseñó el perdón de las injurias, la obediencia á las potestades legítimas, al rico la caridad y la mansedumbre, y al pobre la resignación y la esperanza; ella elevó la dignidad de la mujer, santificó el hogar, el arte y la ciencia, los lazos de la familia, las naciones y los imperios, estableció el reinado de la verdad, que triunfó de todos los sofistas, el de la justicia, que triunfó de todos los impostores, el del derecho, que triunfó de la fuerza bruta; é hizo de todos los hombres la gran familia de hermanos, hijos de un mismo Padre que descienden de Dios y deben volver á Él, purificados con la sangre redentora y los méritos de la Cruz. Y la Cruz, que rompió las cadenas del esclavo, que inspiró toda obra buena y todo acto heroico, que no condena la naturaleza, sino que la guía, que no maldice el trabajo, sino que le santifica, se llevó tras sí á las almas más bellas y hermosas de la hu-

manidad. Y la Cruz, y con la Cruz la Iglesia Católica que á ella está abrazada, dicen al hombre que esta vida es vida de tránsito, lugar de destierro y valle de lágrimas, á la cual seguirá otra vida de perpetua ventura; que para llegar allí es necesario crucificar la carne, desflorar la vida presente, pero, entendedlo bien, desflorarla como el «Otoño desflora á la Primavera dando los frutos sazonados»; que hay que odiar la escuela materialista, que es la escuela del píacer, de los anémicos y de los tísicos, y hay que amar la escuela del dolor, que es la escuela de los fuertes y robustos; que «si Hércules fué grande porque abatió monstruos», el alma cristiana será tanto más digna cuanto mayor número de pesares haya experimentado y vencido; que el reino de los cielos sufre violencia, y sólo los esforzados y los valientes le conquistan por asalto; que en ese reino no entraron nunca los seres tímidos, ni los vulgares, ni los tontos, ni los imbéciles.

Sí, señores: Al ver cómo el mundo ha olvidado estas doctrinas salvadoras de la Iglesia de Dios y su Cristo, abrazando las corrompidas de la evolución, podemos parodiar á Montalembert (1); día llegará en que la humanidad pedirá á gritos que la saquen

(1) Prólogo á la Vida de Santa Isabel de Hungría.

del abismo espantoso en que la despeñaron los falsos doctores de la ciencia atea; día llegará en que la humanidad civilizada por el cristianismo y embrutecida por la evolución querrá oír de nuevo los cantos de su cuna y respirar los perfumes de su juventud, y acercar sus labios secos é impuros, á los pechos ubérrimos, limpios y confortantes de la Iglesia Católica, Madre de todos los hombres; día llegará en que «las harpías vuelen al Occidente y las palomas al Oriente, y en que Barrabás sea pospuesto á Jesús», y á Jesús vengan á ofrecer vasallaje con todos los sabios del mundo todas las almas bellas y delicadas para consagrarle las ternuras de su corazón, porque sólo Él enseñó á amar y á sufrir á todos los hombres, y sólo Él es digno de todo el amor del género humano!!

¡Oh, Jesús mio! Al empezar estas Conferencias invoqué tu nombre bendito y quiero también invocarle al concluir, aunque estés cubierto de velo fúnebre (1), porque sé que para Ti no hay sombras ni velos, á través de los cuales ves y escuchas lo mismo. Al impugnar la evolución materialista te pedía entonces que la materia no manchase mis labios ni obscureciese mis pensamientos, para hacer ver con

(1) Era Domingo de Pasión.

tu ayuda á este público generoso, que por encima de la materia que ahoga, está el espíritu que vivifica; que por encima de la tempestad de los errores, está el Sol de la verdad que flota sobre las tempestades; que encima de la muerte palpita la vida, que entre todos los caminos extraviados hay uno recto que conduce á la Patria, y que en medio de la anarquía universal del mundo hay un amor que lo salva todo! ¡Y ese espíritu eres Tú, y Tú eres esa verdad y Tú eres ese camino y Tú eres ese Amor!

¡Oh, Amor de los Amores! ¡A quién iremos sino á Ti que tienes palabras de vida eterna! ¡Tú eres nuestro libro, enséñanos; eres nuestro tesoro, enríquécenos; eres nuestro refugio, abríganos en la tormenta materialista que hoy cruza la tierra como una tromba!

¡Eres nuestra fuerza; fuerza en el trabajo, fuerza en el combate, fuerza en el dolor, fuerza en el descanso y fuerza en el triunfo! Y ahora que van á llegar los días sagrados, ¡sálvanos! abre las cárceles de la culpa, disipa con tus resplandores las nieblas que nos rodean, purifica con tu sangre preciosísima el barro frágil, la materia impura que envuelve al alma inmortal; lava lo que está manchado, riega lo que está seco, sana lo que está podrido y cura lo que está canceroso; ilumina lo que está oscuro,

fortalece lo que está débil, resucita lo que está muerto (1); que las ideas que ha escuchado este público ilustre queden grabadas en su alma, y que el tiempo no las destruya, ni la pasión las borre, ni la falsa ciencia las mate; que sean semillas depositadas en su corazón generoso y que las haga germinar, por la comunión eucarística, tu soplo divino ¡oh, divino Sembrador, que envías todas las mañanas el rocío, la luz y la vida á justos y á pecadores, á los padres, á las madres y á los hijos!

(1) Traducción y comentario de la *Sequentia* de la Misa del día de Pentecostés.

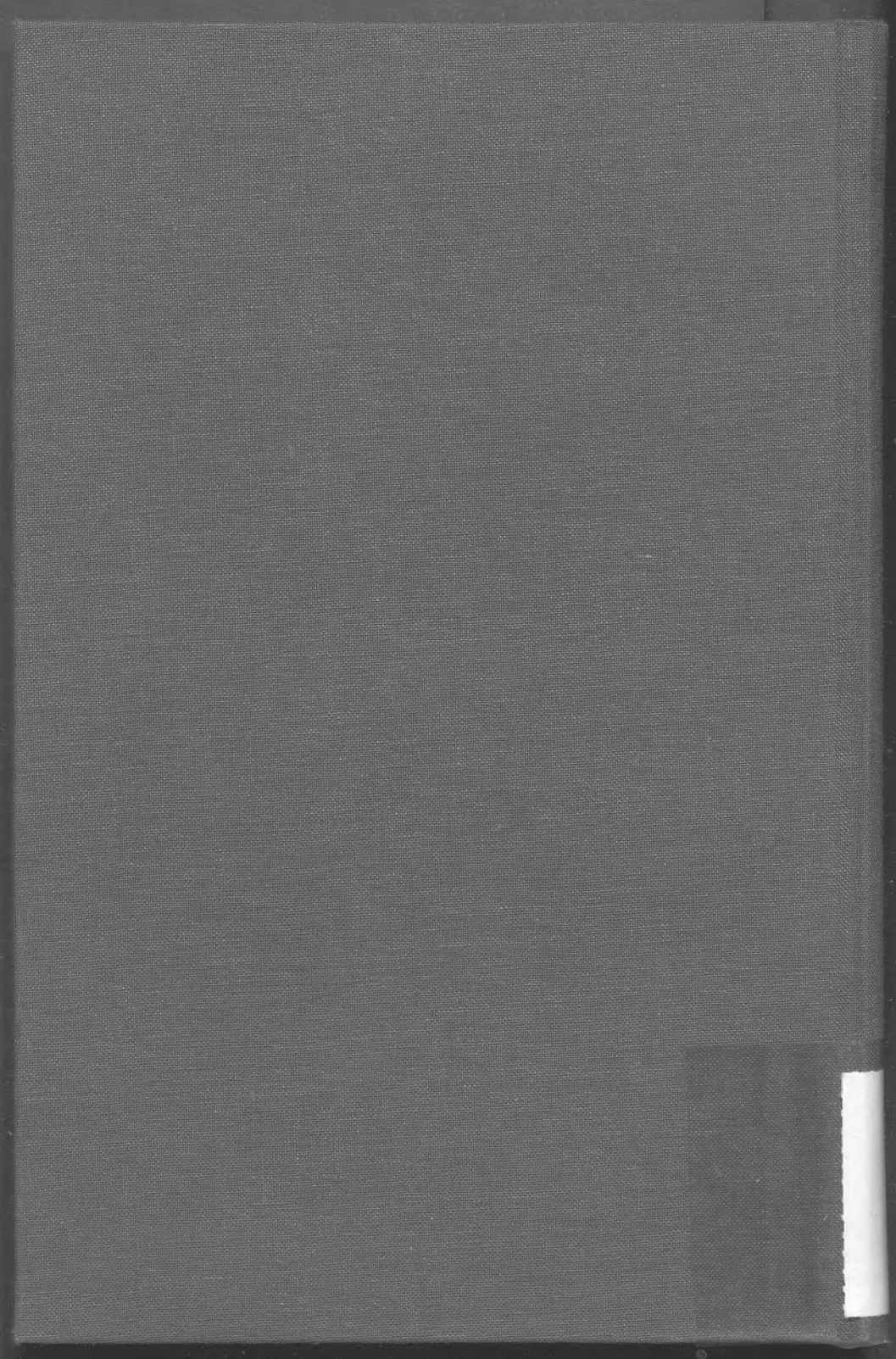
INDICE

	<u>Págs.</u>
Licencia de la Diócesis.....	V
Dedicatoria.....	VII
Al lector.....	IX
Primera conferencia. —Presentación.—Dificultades que ofrecen los problemas científicos tratados en el púlpito.—Plan de estas Conferencias.—El himno á la ciencia moderna y la elegía fúnebre.—Los sistemas idealistas y el positivismo.—Sólo quedan hoy dominando el mundo la evolución materialista y el teísmo cristiano.—El materialismo actual.—La evolución.....	1
Segunda conferencia. —La evolución.—Fortuna que ha tenido la palabra «evolución».—Doctrinas biológicas á que ha dado origen.—Clases de evolución.—Significado de esa palabra.—Evolución positivista y materialista.—Afirmaciones del monismo transcendente.—Refutación de las mismas.—El mecanicismo.—Antropomorfismo. Ideas «á priori» de la evolución materialista....	27
Tercera conferencia. —La evolución materialista y la vida.—La vida y sus orígenes.—Afirmaciones y esfuerzos últimos de la evolución materialista para unir el mundo inorgánico y el orgánico.—Remedos de la vida.—La Química biológica.—El mecanicismo.—Neo-vitalismo actual.....	51

II

Págs.

- Cuarta conferencia.**—La evolución materialista y la inteligencia y el alma del hombre.—Propósitos de la evolución materialista.—Origen de la vida psíquica.—Alteraciones del significado de la palabra «inteligencia».—Instintos.—Qué es la inteligencia.—Procedimientos poco honrosos de los partidarios de la evolución para «materializar el alma».—Inmortalidad del alma humana..... 53
- Quinta conferencia.**—La evolución materialista y la moral.—Consecuencias de la inmortalidad del alma.—Origen de la moralidad.—Sus fundamentos.—La moral evolucionista.—La moral científica.—Las escuelas laicas y sus discípulos. Qué moral es necesaria para salvar al mundo.—Plegaria á Jesucristo..... 115



G 24189

G 24189